

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



El ramo de los niños, rosas y adormideras.

### AVENTURAS DE TRES ADORMIDERAS.

Nuestros lectores se acordarán de mi amigo el doctor T..., que evitó la destrucción de mi clematita refirién-  
Setiembre de 1854.

dome su historia. He aquí una aventura que nos ha pasado á los dos este verano, y que nos haría adorar á las adormideras de mi jardín, si no fuéramos el uno y el otro superiores á la idolatría.

Mi casa de campo está lejos de la ciudad, y sin embargo, todavía la encuentro cerca, pues mientras cantan las

TOMO XII. 25



aves en los árboles, me fastidian los ciudadanos, y me place vivir con la naturaleza y los aldeanos, entre mi biblioteca y mis plantas.

Tengo en mi derredor verdaderos compañeros de corazón cándido, de manos callosas, que jamás dan lecciones á los gobiernos y me dan cuenta de sus sencillas costumbres.

Uno de ellos, Ramon Berardo, jóven de hermosa presencia, de veinte y un años de edad, pobre como Job, laborioso, ni muy discreto, ni muy bestia, pasó una tarde por delante de mi verja, con el sombrero de medio lado y entonando un aire popular; al parecer llevaba un traguete.

No habiéndole visto nunca embriagado le argüí con alguna severidad; y me refirió entre risa y llanto... que habia sacado en el sorteo un número muy bajo, y que tenia que dejar á su anciana madre y...

—Y á su jóven futura, interrumpí acabando su frase cortada por un hondo suspiro, y perdonándole por haber ahogado su desesperacion en la botella.

A la mañana siguiente vi desfilar á los quintos, saludados de puerta en puerta, abrazados por las madres y las hermanas, bañados con las lágrimas de todas las mugeres é inundados con el vino de todos los hombres. A pesar de las predicaciones del cura, el vino es en las aldeas el alfa y la omega. Todas las alegrías se condensan en un vaso lleno; todos los dolores desaparecen en un vaso vacío. Me asusté al contemplar el gozo de Berardo, porque casi rayaba en el delirio, á juzgar por la abundancia de los gritos y el vigor de los cantos. No habia mas que un corazón angustiado que pudiese charlar, beber y bailar de esta manera...

—¿Te has despedido de Teresa? le pregunté al oído.

Esta palabra le desconcertó enteramente.

—¿Creeis que me recibirá su padre? preguntó.

—Yo iré contigo.

Ramon me apretó la mano fuertemente. Como á los quintos les quedaban todavía diez tabernas que visitar, podía Ramon disponer de media hora ver visitar á Teresa.

Diez minutos despues, entraba yo con él en casa de su prometida.

Teresa Anubri es la perla de la aldea. Tiene de su difunta madre una posesion que le reditúa mas de mil escudos; de Dios, unos ojos que valen el doble, y en sí misma una virtud que vale el triple. Júzguese que proporción para el pobre Berardo. ¿Agradaba él á Teresa? Cosa difícil de adivinar; el corazón de las aldeanas es tan mudo, y el de Teresa es tan tímido. Se creía que Ramon le era indiferente, porque el tío Anubri no podía sufrirle. Pero yo sospechaba que Teresa gustaba de Ramon, porque observé que le huía y que nunca le miraba de frente. En cuanto al tío Anubri, no miraba del yerno mas que la bolsa, y la de Berardo estaba vacía.

Llegábamos á la puerta, cuando Anubri se adelantó gruñendo, pero al verme se quitó su sombrero. Teresa que vestía á su hermano el pequeñuelo, se levantó bajando los ojos y con mano temblorosa, como para protegerse, colocó al niño entre ella y Berardo. Este movimiento fué ejecutado con un pudor y una gracia angelicales. La escena de despedida no duró mucho tiempo. —«Yo parto, Teresa. —Parte usted, Ramon.» Este fué todo el diálogo. Ramon presentó una rosa al hermano de Teresa, y el niño se la dió á su hermana; esta la tomó sin mirar á Ramon. El padre dió la mano al quinto..., porque yo estaba presente.

Yo me quedé estupefacto al ver tanta calma y tanta frialdad.

Vamos, pensaba yo tranquilizándome, cuando el cabo Berardo vuelva las espaldas, se casará Teresa con otro y Berardo no lo sentirá.

Pero al tiempo de ausentarme oí algunos sollozos y vi tirada en el suelo, bañada en lágrimas y con las rosas en la mano.... ¿á quién os parece? á Teresa. Ramon se detuvo, lanzó un grito. Entonces comprendí la ternura que oculta la naturaleza en estas almas cubiertas con una corteza tan dura. Yo quedé confundido, enternecido y asustado.

Cuando Teresa vió á Berardo, se repuso con una firmeza heroica; le dijo una sola palabra, le apretó fuertemente la mano y desapareció al escuchar la voz de su padre. El quinto algo mas tranquilo, emprendió de nuevo su marcha entonando su canto popular. Esta vez era un verdadero canto de victoria. —¿Qué me importa lo demás? Yo tengo la fé de Teresa.... No puedo obtener otra explicacion.

Los quintos partieron una hora despues, todos regalados por Ramon, que derramaba el dinero y el vino.... Esto ocasionó la murmuracion de la vengidad.

Algunas semanas despues, tuvo lugar otra sorpresa. En vez de reunirse al regimiento, Berardo volvió á entrar gozoso y soberbio en la aldea. Habia comprado un sustituto por quinientos escudos. A primera vista se reputó esto como un milagro, despues, como cosa de hechiceria, y luego fué considerado como ladrón. El tío Anubri fué el primero que lanzó esta calificacion, lo que hizo tanto eco, que Ramon se vió señalado con el dedo, vigilado por los gendarmes, y nadie queria juntarse con él. En una palabra, cuando se presentó para pedir la mano de Teresa, Anubri le despidió groseramente, y hasta le amenazó con romperle las costillas si se presentaba otra vez con la misma peticion.

Una mañana que yo recorría mi jardín con el doctor T..., vi á mi hijo y á mi hija, niños de diez, y de cuatro años, que cogian capullos de rosas, bajo la vigilancia de un hombre que habia escalado las tapias, y que desapareció al momento que nos vió. Este hombre era Ramon Berardo, y he aquí lo que supimos:

Teresa estaba muy mala hacia algunos dias. En su delirio ella esclamaba: —Mis rosas, devolvedme mis rosas, y Ramon que lo escuchaba desde la puerta por la cual se deslizaba todas las noches, pedía á mis hijos rosas para su pobre novia.... Esta sencilla relacion nos turbó profundamente. Yo adiviné lo que habia pasado en casa de Anubri.

Este habia arrancado á su hija las dos eglantinas de Berardo, expulsado de su casa como ladrón; y Teresa, delirante por el sufrimiento, reclamaba involuntariamente su tesoro.

Yo llamé á Ramon que vino pálido y convulso y nos refirió detalladamente la enfermedad de Teresa.... Mi amigo reconoció una fiebre nerviosa, próxima á ser cerebral.

Y Berardo suplicaba á mi hijo llevase las flores á la muchacha, porque el padre le echaria si él mismo se presentaba.

—Guardaos bien de hacerlo, dijo el doctor, dominando su emocion; el olor de esas rosas seria fatal para Teresa. Yo voy á ofrecerla mis servicios y no á llevarla flores; —si ya no es demasiado tarde, añadió con un aspecto que me hizo estremecer.

Despues, echando tres grandes adormideras en el ramo



de mi hijo:—Reservadla solamente esto, dijo; su delirio verá en ellas rosas, y yo podré encontrar en ellas su salvación, si no tengo tiempo de ir á la ciudad.

Tomamos todos el camino que conducía á la casa de Anubri, el doctor acelerando el paso, mis hijos llevando sus adormideras triunfalmente, y Ramon siguiéndonos á cierta distancia, como un perro que tenía que esperarse á la puerta.

—Estas adormideras, son una cosa maravillosa, nos refirió mi amigo durante el camino. Esta flor era una de las mas célebres del antiguo mundo. Crece como la yerba, en Grecia, en Egipto y en toda el Asia Menor. Los romanos confeccionaban diferentes manjares con el grano de la adormidera. Los antiguos sacaban el opio de Tebas, por eso ha llevado tanto tiempo el nombre de *extracto tebáico*. No suministrándole ya Tebas este nombre ha caído en desuso. El opio viene ahora de los campos de adormideras, blancas y negras de Oriente, de la India y de la Persia. Cuando se atraviesa la Persia, el viajero halla á su paso en medio de un océano de adormideras en flor, jardineros con turbantes, y llevando una serie de vasijas atadas á su cintura, y con un instrumento en la mano de muchas hojas, que cortan á la vez á impulsos de un solo movimiento. Estos hombres hacen incisiones oblicuas á las cápsulas de las adormideras. Su olor es acre y vivo, el sabor amargo y produciendo una espuma verde. El tiempo no ejerce acción ninguna sobre esta invariable sustancia, y la medicina actual hace un uso grande de esta planta, que sin ella quedaría reducida á la impotencia. Es el calmante universal de los dolores. Tiene tres ó cuatrocientas fórmulas en la farmacopea europea. Todo el mundo sabe el abuso que hacen de esta planta los orientales y los chinos. Ellos saben que cada minuto de esta embriaguez les cuesta un año de existencia; pero este minuto contiene tantos goces que están siempre dispuestos á volver á comenzar el sacrificio. Los desgraciados se ven pronto castigados con convulsiones horribles, y el paraíso opiático les conduce á una agonía infernal. Tal es el envenenamiento público que la Inglaterra inculca á la China.

En esto llegamos á la puerta del tío Anubri. Yo entré con el doctor y mis hijos. Berardo se quedó en frente al pie de un matorral, como un pobre condenado que aguarda la sentencia de sus jueces.

Teresa estaba en su lecho, con los cabellos en desorden sobre la blanca almohada, y pidiendo sus queridas flores. Su rostro estaba animado por la fiebre, é iluminado con un rayo de sol poniente. Ora por el remordimiento, ora por la resignación, su padre estaba pesaroso y taciturno á la cabecera.... Haciendo un esfuerzo supremo acababa de devolver á la enferma las flores secas que le había quitado; pero no viéndolas ó no conociéndolas ya no cesaba de gritar al mismo tiempo que las rechazaba:—¡Mis rosas! ¿quién me devolverá mis rosas?

—Vosotros, nos dijo mirándonos, mientras que su padre se dejaba caer en una silla.

—Sí, Teresa, respondió mi hijo, yo os traigo las rosas de Ramon. Y la joven sonriendo cogió las adormideras con una alegría despedazadora.

Sin embargo, el doctor comprendió que no había un minuto que perder para detener la convulsión nerviosa y la congestión cerebral. Tomó dos de las adormideras, se ins-

taló en el fogón, se apoderó de algunas vasijas é improvisó sinapismos y pociones.

Una hora después, Teresa dormía tranquilamente. Sus hermosos ojos estaban cerrados, su tez había palidecido; su corazón y su cerebro guardaban un perfecto equilibrio; todo anunciaba el término de la crisis y el regreso de la vida.

Su padre creyó que existía un milagro y cayó de rodillas á los pies del doctor.

—Esperad, le dijo mi amigo, á vos os pertenece completar mi obra.

Teresa pronunciaba palabras que nosotros escuchábamos silenciosamente.

—¿Sois vos Ramon? No entreis, pues mi padre os echaría. Me ha quitado las rosas, traedme otras en capullo.... Los dos sufrimos mucho, Ramon...., los dos moriremos.... Sobre todo guardad secreto acerca de lo que me habeis jurado.... Dejad que nos traten á mi de loca y á vos de ladrón, antes que decir á mi padre que yo os he dado quinientos escudos para comprar un sustituto. Aunque este dinero es mío, mi padre me maldeciría, y prefiero la muerte.... Adios, Ramon...., yo os habré libertado siempre de servir al rey.

Nosotros nos levantamos al escuchar esta relación y nos miramos confusos y enternecidos. El mismo Anubri después de un movimiento terrible, bajó la cabeza y se dejó caer á los pies de la cama.... No muy lejos de ella se encontraba Ramon á quien mi hijo había llamado, y el cual, sin decir una palabra, cogió la mano del padre y la de la hija.

—Vamos, suspiró el anciano, uniendo las tres manos á un signo imperioso del doctor, casada, pues, si esto ha de salvarla, y puesto que tú has disfrutado ya de su dote.

Manera juiciosa y diestra para consolar al padre indicándole una economía.

—He aquí el efecto de tres adormideras, exclamó el doctor sonriendo; á vos os toca Ramon, traedle las rosas, yo estoy seguro que ya no pueden hacerle daño alguno.

## UN MISIONERO.

E

UNA TIERRA POR CONQUISTAR.

Durante el mes de octubre de 1835, un buque, en el cual flotaba la bandera del pabellón español, bogaba á toda vela bajo el sol del trópico, con dirección á las islas de la Sociedad. Reinaban á bordo del buque el mas grande silencio y una calma inalterable. Oficiales, marineros, pasajeros, todos sufrían la excesiva influencia del calor, y la angustia era tal, que los mas intrépidos habladores retrocedían delante de la fatiga de la conversación. Los marineros que no estaban ocupados en la maniobra, se veían tendidos en el puente á la sombra de las velas; dos sacerdotes sentados á parte, meditaban con el libro abierto que tenían sobre sus rodillas, mientras que el capitán, apoyado contra un mástil, miraba fijamente un grupo de piedras que había distinguido hacia una media hora.

—Mirad, le dijo de pronto á su teniente, dándole el ante-





ojo; parece humo lo que allí se distingue; y sin embargo son rocas inhabitadas.

—Hum! dijo el teniente despues de un minuto de exámen, aquello me parece humo.

—Tal vez sea algun volcan. }

—Poca dimension me parece que tiene entonces.

—Pardiez, quiero saberlo con claridad. Tomad una canoa y seis hombres, y vamos á reconocer esas rocas.

El teniente se inclinó sin responder, y diez minutos despues, la órden del capitan estaba ejecutada.

do antes del oscurecer, añadió el oficial, estendiendo e brazo hácia el horizonte, sin hacer otro comentario.

En el momento en que el oficial designaba el astro, cuyo inflamado disco se dibujaba en los límites del horizonte, desapareció de pronto, é instantáneamente se vió sembrado el cielo de estrellas.

—Capitan, dijo entonces la voz dulce y grave del mas anciano de los dos sacerdotes que meditaban algunas horas antes; yo desearia saltar en tierra con seis compañeros.

—Imposible; padre, dijo el capitan con cierto acento de



Pedro descubierto por los misioneros entre los salvages,

Cuatro horas mas tarde la canoa se acercaba al buque, y el teniente relataba á su superior lo que habia visto.

—La isla está habitada, dijo, es decir, la parte superior de las rocas, y forma un recinto de cerca de seis leguas de estension y casi inaccesible. Los naturales son dulces y temerosos; han emprendido la fuga á nuestra aproximacion, no usan ninguna clase de armas, y hablan un idioma que me es enteramente desconocido. Yo hubiera querido prolongar mis investigaciones, pero me ordenásteis estar abor-

urbanidad; siento no poder conformarme con vuestros deseos, pero tengo órdenes terminantes para hacerlo así; yo debo llegar á Taiti sin detenerme en ninguna parte, y ya he perdido cuatro horas que necesito ganar á fuerza de vela.

—Un poco de tiempo insistió el sacerdote.

—No puede ser.

—Pero el teniente, ¿no acaba de decirnos que hay almas sobre esa roca?

—Salvages, antropófagos, tal vez.



—No lo quiera Dios; pero en ese caso, eso sería una razón de más para que el padre Emilio y yo nos dispusiéramos á corregirlos de ese pícaro defecto, dijo el sacerdote sonriendo.

—Pero, ¿y si os comen? objetó el capitán.

—Parece que yo soy demasiado duro y áspero, pues otros lo han procurado y no han podido hacerlo, dijo el anciano levantando la manga de su hábito, y mostrando al capitán la señal que dos mandíbulas aceradas habían dejado sobre su brazo.

—¿Quereis que yo guarde rencor contra aquel desgraciado que se disponía á enviarme derechamente al paraíso á no haberse interpuesto esa bala? Yo aborrecería más bien al que le ha tirado, si no supiera que el Señor había guiado su brazo.

—Padre, dijo el joven sacerdote con afectuosa alegría, estoy algo incómodo con vos, mas esta vez, si alguno es comido, seré yo, pues estas gentes por salvajes que sean no podrán menos de conocer que yo soy más tierno que vos.



Pedro en los brazos de su madre, pone la corona á la cruz.

—Vos olvidais, dijo sonriéndose el padre Emilio, que apenas tuvo tiempo de saborearos, y que aquel que tuvo este mal pensamiento, recibió una bala en la cabeza al primer bocado.

—¡Ay! si, dijo su compañero dando un suspiro; Dios tenga compasión de su pobre alma.

—Padre, sois demasiado bueno, dijo el capitán, y lleváis muy lejos el dogma de la caridad.

—Mas despacio, señores, interrumpió el capitán, ¿quereis saltar en tierra?

—A nado, si es indispensable.

—Pero ¿qué llegaría á ser de vos, sin recursos, sin víveres, sin armas?

—¿Para qué los quiere? dijo el padre Emilio; el provisor nos dijo: cuando os he enviado sin pan ni calzado, ¿os ha faltado algo? además... buscad primeramente el reino de Dios,



y su justicia y obtendreis lo demás. Nuestras armas, hélas aquí; continuó con exaltacion, sacando de su pecho un Crucifijo, en cuanto al alimento, nosotros le llevamos, y señalaba con la mano un libro de los Evangelios que llevaba su compañero, y si se niegan á cambiar algunos viles alimentos contra la amenaza celeste, Dios proveerá.

—Es la verdad, dijo el anciano al capitán sonriendo con aire de aprobacion al notar el entusiasmo del joven sacerdote; despues los dos bajaron al camarote para reunir su escaso bagage, mientras el capitán daba la orden de armar la canoa.

Cuando volvieron á subir sobre cubierta, encontraron á la tripulacion sobre las armas.

—¡Oh! querido capitán, dijo uno de ellos, vos nos tratais como triunfantes, y nosotros no somos mas que unos pobres obreros que buscan trabajo.

—¡Vosotros sois, dijo aquel, buenos sacerdotes, y hombres de corazon! yo os amo, os admiro y os estimo.

A estas palabras, abrazó cordialmente á los dos soldados de Jesucristo, los cuales se apresuraron á bajar á la canoa para abreviar el acto de la despedida. El capitán se descubrió lo mismo que toda la tripulacion, y algunos redobles de tambores saludaron la partida de los humildes sacerdotes, como lo hubieran hecho con un almirante.

Es igual, decia un viejo timonero. ¿Quién de vosotros marcharia al abordaje con un libro viejo y un Crucifijo por todo ejército?

—Nadie, respondieron muchos.

—¿Habeis notado el aire resuelto del joven?

—¿Y habeis visto el brazo del viejo?

Mientras esto se decia en la popa, el capitán, apoyado sobre la balastrada del puente, cambiaba signos con los sacerdotes que conducia la canoa con la mayor rapidez.

Al cabo de dos horas, el oficial que la mandaba de regreso en el buque, le contaba como habia dejado á los misioneros en medio de un terreno habitado, dispuestos á esperar tranquilamente el día en el hueco de una roca, y á buscar fuerzas con el sueño y el rezo, antes de continuar su ascension.

## II.

### EL NIÑO.

A los primeros rayos del sol los dos sacerdotes se pusieron de pie, y despues de una corta plegaria: vamos, se digieron apretándose la mano, y comenzaron á subir la roca escarpada. Despues de una hora de penosa marcha, llegaron á un sitio donde les esperaba un magnifico espectáculo.

Todo era flores, verdura y perfumes en aquel corto espacio. Ni un ser humano parecia, y sin embargo se veian algunas cabañas, cuyo humo se distinguia al traves del follaje, lo cual corroboraba la asercion del teniente del buque. Despues de haber mirado á todas partes, los dos misioneros se dirigieron hácia un parage que limitaba la vista al lado del Norte; pero á penas hubieron dado la vuelta á la roca que formaba su base, quedaron inmóviles y sorprendidos de alegría.

En derredor de un altar de verdura que sostenia una cruz de madera, se veia arrodillado en la actitud del mayor recogimiento, un grupo considerable de salvajes; mientras

que al pie de la cruz un niño de unos once años recitaba en español con voz argentina el rezo del *Ave Maria*. Se deslizaba entre sus manos un rosario de madera grosera que recorria hasta llegar á su última cuenta; despues, colocándole en su cuello, besó piadosamente la medalla, é hizo en alta voz la señal de la cruz.

—Amen, respondieron los salvajes.

—Amen, gloria, honor y bendicion al Dios todo poderoso, exclamaron los dos sacerdotes postrándose de rodillas.

A estas palabras, toda la asamblea volvió la cara lanzando aclamaciones de sorpresa y dirigiendo á los dos extranjeros miradas mas salvajes que feroces; pero apenas el niño del rosario los hubo distinguido, cuando se lanzó hácia ellos con los brazos abiertos gritando: ¡Curas, curas!

—Bendite seas, hijo mio, dijo el viejo sacerdote besándole. Tu eres un niño piadoso y sábio. Llévanos á donde estén tus padres, pues tú no eres de la raza de los indigenas; tu color y tu lenguaje lo revelan.

—¡Mis padres! dijo el niño fijando sobre el anciano sus grandes ojos tristes y dulces; yo no los tengo, no existen ya, añadió dando un suspiro, porque yo tenia una buena madre, y decia que mi padre era muy bueno tambien, pero jamás lo he conocido.

—¿Ha muerto?

—No; pero está en un país muy lejano, cuyo nombre nunca he podido decir, ni mi madre tampoco, porque era muy difícil de pronunciar.

—Pero tu madre, ¿dónde vivia antes de venir aquí?

—Mi madre no ha venido aquí nunca. La última vez que la vi, hace ya mucho tiempo; yo dormia en una cama que se movia siempre, en una gran casa de madera que andaba sola por encima del agua.

—Un navío dijo el padre Emilio.

—Un navío, justamente, así es como se llamaba. Aquella noche, mi cama se movia mas que de costumbre, y mi madre me despertó de pronto, aun cuando todavía no habia luz. Ella estaba asustada y lloraba.—Mi niño, mi pobre niño, me decia abrazándome.

—¿Qué sucede, madre? la pregunté medio dormido. Nada me respondia, y yo comencé á llorar, porque tenia miedo. Se oía un ruido por encima de nuestras cabezas, espantoso se escuchaban gritos, lamentos y juramentos..... De pronto mi madre me sacó de la cama, me desnudó y me puso al cuello este rosario que no abandonaba nunca; luego, despues de haberme abrazado sollozando, se desnudó tambien sin quitar los ojos de mí. En este instante escuché un estallido y sentí que faltaba todo debajo de mis pies; mi madre lanzó un grito, luego caí en el agua, y no volví á ver nada ni á oír nada.»

El niño se detuvo para volver á tomar aliento, al paso que los dos sacerdotes se cambiaban una mirada de conmiseracion.

—Yo no sé lo que entonces sucedió, continuó el niño, yo no me acuerdo ya de nada hasta el momento en que me encontré acostado sobre la húmeda arena cercado de grandes pescados. No sabiendo en donde me hallaba, no hallando á mi madre, comencé á llamarla llorando. De pronto me vi rodeado de hombres negros y casi desnudos, que se apoderaron de mí, y subieron la roca despues de haber recogido los peces que saltaban sobre la arena. Yo estaba casi muerto de miedo, cuando me pusieron delante de una muger ne-



gra que parecia ser su ama. Me examinó con atencion, despues, quitándome el rosario que llevaba al cuello, le pasó al cuello del mayor de sus hijos, que era casi de mi misma edad.—Es el rosario de mi madre, exclamé llorando, dádmele. ¿Que dirá cuando vuelva y sepa que le he perdido?

Pero ellos no me comprendian; me miraban con cierto aire de curiosidad, y el espectáculo de mi dolor parecia divertirlos.

—Por último, creo que una muger se compadeció de mi, aquella que veis allá abajo, añadió el niño designando una muger de unos treinta años, que estaba sentada á cierta distancia con los ojos bajos. Dijo algunas palabras á la que parecia su ama, luego me llevó á su casa, me dió de comer, me acostó en su misma cama, y desde este dia no ha cesado de colmarle de cuidados, como en otro tiempo lo hacia mi pobre madre, y sin embargo, añadió suspirando, yo no puedo amarla como amaba á mi madre. A los tres dias de mi llegada aquí, el hijo del ama, aquel á quien habia dado mi rosario, murió casi de repente. Le enterraron con toda especie de ceremonias, y luego le dieron mi rosario á su joven hermano. Algunos dias despues, este cayó enfermo; entonces la madre vino á verme llorando y se hincó de rodillas delante de mi presentándome el rosario; parecia como que me pedia perdon por habérmelo quitado; luego me mostraba á su hijo con aspecto suplicante, como si yo hubiera tenido parte en su mal.

En este momento me acordé que cuando estábamos en el pais, mi madre iba con su rosario á rezar al lado de los vecinos enfermos, y arrodillándose al lado del niño, le rezé en alta voz. No sé si Dios oyó el ruego de un pobre niño tal como yo, pero á la mañana siguiente el enfermo estaba mucho mejor, y algunos dias despues jugaba sobre la yerba con sus camaradas; pero ninguno quiso jamas jugar conmigo. Parece que me respetan, y aun me temen, como si yo fuese un hombre. Sus padres mismos me dan señales de respeto, y hasta que yo desee alguna cosa para que todos se apresuren á concedérmela.

—Pero son cristianos, dijo el padre Emilio, pues los hemos visto rezar contigo.

—Yo no sé, dijo el niño. En el momento que me ven rezar se arrodillan en derredor mio, y hasta recuerdan algunas palabras de mis rezos; pero no se si las comprenden porque no entiendo su lenguaje. Yo los he enseñado á hacer la señal de la cruz, y jamás dejan de hacerla cuando pasan por delante del calvario.

—¿Y quién ha levantado este calvario? preguntó el viejo sacerdote.

—Yo, dijo el niño. Me acordé que en el pais habia cruces en los campos de trecho en trecho, y que mi madre me hacia recitar siempre un *Ave Maria* cuando pasábamos por delante de él. La vispera del dia en que pasamos á habitar el navio, se puso de rodillas delante de aquella que estaba mas cerca de nuestra casa. Pedro, me dijo, recoge flores mientras yo rezo el rosario; despues haremos una hermosa corona para la cruz del Salvador. Recogí flores y se las traje; luego trenzó una corona, y tomándose en sus brazos me elevó tan alto como pudo y coloqué la corona en uno de los brazos de la cruz. Cuando me hallé aquí solo y abandonado, sin tener como en nuestra casa, una bella imagen de la Virgen, delante de la cual rezaba yo todas las mañanas, pensé en el calvario de los campos, y con el auxilio de las gentes

de aquí, que hacen todo lo que yo quiero, levanté esta cruz ante la cual vengo á postrarme todos los dias.

Acabando esta cándida relacion, el pobre niño no pudo detener sus lágrimas, y se escaparon de su pecho lindos suspiros. El viejo sacerdote le sentó sobre sus rodillas, le besó la frente y pasó la mano por su rubia cabellera.

—¡Pobre niño! dijo ¿Y no sabes el nombre de tu padre?

—Mi madre le llamaba Guillermo.

—¿Y no puedes acordarte del nombre del pais donde habitaba?

—Nunca lo he podido decir. Se únicamente que fuimos al navio para reunirnos.

### III.

#### TRES MESES DESPUES.

Despues de haber llenado su mision en las islas de la Sociedad, el capitán francés se encontraba tres meses despues, á la vista del grupo de las rocas en que habia depositado á los dos sacerdotes. Deseoso de saber lo que les habia pasado, bajó á la canoa y mandó que le llevaran hacia la isla, despues de haber dado orden de disparar un cañonazo para llamar la atencion de los habitantes.

Apenas hubo saltado en tierra se encontró en frente de los misioneros á quienes acompañaba un niño de once años.

—Ya veis, querido capitán, dijo alegremente el mas anciano, que nadie nos ha comido. Os devuelvo al padre Emilio.

—¡Tres individuos! dijo el capitán sorprendido, ¿os precedió algun misionero?

—Sí, dijo el sacerdote sonriendo; héle aquí, añadió señalando á Pedro.

Entonces refirió en pocas palabras al capitán la historia del niño náufrago.

—Sin duda, dijo el marino, esta pobre muger iba á reunirse con su marido á alguna colonia inglesa. Pero ¿cómo encontrarle ahora? ¿cómo devolver á su padre este pobre niño?

—Despues de Dios yo seré su padre, dijo el sacerdote; nosotros no le abandonaremos ya; yo le daré la instruccion necesaria para acabar la obra que tan milagrosamente ha comenzado. Dios ha permitido que tomase sobre estos seres crédulos y sencillos un increíble ascendiente. Ellos lo aceptarán todo de él. En cuanto á mí, no tengo mas que educarle, y es una tarea dulce y fácil, pues él está lleno de inteligencia y de buena voluntad.

Despues de una hora de conversacion, el capitán pensó en pasar á bordo. Las despedidas de los misioneros fueron tranquilas. Despues de haber abrazado con efusion á su viejo compañero de trabajo, que tal vez no volveria á ver en este mundo, despues de haber invocado todas las bendiciones del cielo sobre la cabeza de su joven discípulo, el padre Emilio penetró en la canoa seguido del capitán. Algun tiempo tuvo fijos los ojos sobre la ribera; luego, en el momento en que iba á perderla de vista, al sacerdote y al niño, inmóviles sobre la playa:

—Hasta mas ver, exclamó.

### IV.

#### UN PARAISO TERRENAL.

Han trascurrido quince años desde el dia en que el pobre niño fué lanzado por la tempestad á la isla de que ya tenemos noticia.



Toda la tribu salvaje es ya cristiana. El viejo sacerdote, despues de haber cumplido su mision, duerme sobre la yerba al pie del rústico Calvario. Dos hermosas palmeras sombrean ahora la cruz que elevó en otro tiempo Pedro, y sobre la cual se ha fijado un grande crucifijo de bronce. Es la iglesia de la tribu. Un cielo siempre puro y sereno constituye su bóveda; y las flores que se renuevan todos los dias son sus únicos ornamentos.

Como el dia de la llegada de los dos misioneros á la isla, un círculo de salvajes rodea el altar; pero en lugar de un niño rezando el rosario, un sacerdote celebra el Santo Sacrificio, y los salvajes responden en latin. Este sacerdote es el niño náufrago, hoy el padre Pedro, el pastor de este sencillo y dócil rebaño. Jamás ha salido de la isla; el anti-

guo compañero del padre Emilio fué su único profesor. Despues de haber pasado por todos los grados del sacerdocio, que le fueron conferidos por los vicarios apostólicos visitando en diferentes épocas la pequeña colonia de la cual les habia hablado el padre Emilio, recibió las órdenes monásticas de las manos del gefe de los misioneros de la Oceania. Dos años despues ha enterrado al pie de la cruz á su antiguo amigo, á su verdadero padre, y ahora lleva él solo el peso de la mision. ¡Con cuánta solicitud vigila el rebaño que se le ha confiado!

Fray Pedro vive tranquilo creyéndose habitante del verdadero paraíso terrenal.



La razon de conveniencia.

### UN TERCERO EN DISCORDIA.

En el corral de una casa  
hubo cierta disidencia  
entre dos gallos que quieren  
del puesto las preeminencias.  
Uno es intruso, y osado  
gana siempre en la contienda,  
y al antiguo poseedor

la suerte el favor le niega,  
y aunque la razon le asiste  
nadie sale á su defensa.  
Mas la dueña del corral  
concede la preferencia  
al intruso, y da la muerte  
al mas débil, porque espera  
que mejoren sus gallinas  
de condicion. ¡Suerte adversa!  
En el mundo siempre gana  
la razon de conveniencia.



## ESTUDIOS LITERARIOS.

## CELOS INFUNDADOS.

(Conclusion.)

## CAPITULO TERCERO.

DE COMO LAS REINAS TIENEN TAMBIEN CELOS.

—¿Y mi esposo? preguntó la reina á un caballero.

—No hace mucho que pasó por este salon.

—¿A dónde iba?

—No lo sé; preguntó solamente si habia visto pasar á doña Inés de Mendoza.

La reina se puso encarnada; reprimió su indignacion, y mandó al caballero que se ausentara.

—Siempre siguiendo á esa aborrecida muger, exclamó la soberana cuando se vió sola, arrojándose en un sillón. Si la habrá encontrado; si estará acompañándola en el jardín.

Pensando de esta manera se levantó, y se encaminó apresurada á uno de los balcones que daban vista á los jardines, por ver si alguna cosa distinguía que alimentara sus celos; pero no divisó nada. Sin embargo, sufría; habia sobrada razon para sospechar alguna cosa por parte del rey.

El Conde-duque, que á la sazón se retiraba para bajar al jardín, pasó por la estancia á donde se encontraba la reina, y al verla se detuvo y la saludó con el mas grave acatamiento. La reina le llamó: el Conde-duque conoció que la soberana no se encontraba en su estado normal, y quiso indagar la causa.

—V. M. está algo intranquila, dijo Olivares.

—Lo habeis conocido ¿es verdad? no es extraño... Yo seria franca con vos, si me prometiérais el secreto... Porque las reinas, como todas las mugeres del mundo, tienen debilidades...

—Señora, me hablais de cierta manera....

El Conde-duque, creyó descubrir grandes cosas, é instó á la soberana para que se franquease. La reina añadió:

—¿Conoceis á fondo el carácter de mi camarera, la ilustre señora doña Inés?

La reina suspendió la pregunta, porque vió que Olivares habia cambiado de fisonomía, y que la miraba de hito en hito.

—¿Qué me respondeis?

—Mucho me pregunta V. M. .... Yo temeria ser demasiado franco, repuso el Conde-duque.

—¿Y por qué? insistió la reina.

—Porque ignoro hasta donde llega el grado de aprecio que teneis á esa señora.

La reina miró á todos lados, y acercándose seguidamente á Olivares le dijo por lo bajo:

—Yo.... detesto á esa muger.

—Razones tendreis para ello, respondió el Conde-duque.

—Pero no me decís, prosiguió la reina vuestro parecer

TOMO XII.

acerca de esa señora. ¿Es como aseguran, la virtud personificada? ¿Respeto á su marido de la manera que dicen?

El Conde-duque sonrió malignamente, y los ojos de la soberana se animaron.

—Responded, añadió la reina con prontitud y un tanto sobresaltada.

—Voy á seros franco, señora, respondió el Conde-duque. La virtud de esa muger es postiza. Nadie en palacio la ha conocido como yo. Bajo la severa apariencia de la honestidad y del recato, seduce al mundo que no la conoce, pero á mí no puede fascinarme. Por eso tiembla y se inmuta cuando me ve, y cuando la dirijo la palabra..... Yo verdaderamente, siento mucho que sea camarera vuestra.

—Pero, ¿qué habeis visto en ella?...

—¿Todo quereis que lo diga?

—¿Y por qué no?

—Hay revelaciones que no debe espresar la lengua..... hasta una indicacion para comprender que esa señora no cumple en este palacio con los deberes de tal. Una muger es dueña de hacer en su casa cuanto se le antoje; pero la morada del rey es un templo donde no se permite ni el mas inocente desahogo.

—Algo sabreis, interrumpió la reina con sobresalto; grandes cosas habeis presenciado cuando nada quereis revelar-me.

El Conde-duque encontraba á la reina propicia para la destitucion de la camarera; de este modo vengaba su desden. Olivares continuó cada vez mas animado.

—Esa ilustre dama ha profanado este alcázar.... no diré cómo.....

—¿Y por qué?

—No puedo, no debo, el temor.....

Semejante reticencia acrecentaba la curiosidad de la reina, las palabras del ministro coincidían con las sospechas la soberana respecto al rey, en cuyo personaje no pensaba ciertamente el Conde-duque.

—Hablad, hablad, decid lo que sepais, añadió la reina. ¿Qué habeis visto?

—Hace pocos momentos, que en este salon contiguo de la derecha, sorprendí á doña Inés....

—¿Con quién estaba? preguntó inmediatamente la reina.

—Señora, lo que únicamente puedo aseguraros, es que el personaje que la acompañaba, procede de un príncipe.....

—¡Callad, callad! exclamó Isabel pensando que hablaba de su marido; no publiqueis esta debilidad; pero sabed, Conde-duque, que ahora mas que nunca estoy de él enamorada; por eso odio á esa muger, por eso aborrezco á la camarera, por eso quisiera confundirla.... Decidme, Conde-duque; pero est: ¿seguro....

—Muy seguro, graciosa soberana, muy seguro.

—Es preciso, Olivares, prosiguió la reina, que sin que su magestad se entere, pongamos un término á estos escándalos; de lo contrario me verá devorada por los celos.

Olivares creyó descubrir por estas palabras de la reina



que efectivamente estaba enamorada del joven á quien el ministro se referia, y no pudo menos de quedar sorprendido, no solo por haberlo á su parecer descubierto, cuanto por el concepto que gozaba la reina de casta. Sin embargo, se propuso, porque así convenia á sus planes, guardar la mas grande reserva, porque era su anhelo destruir á la camarera, y no tuvo reparo en lisonjear la supuesta inclinacion de la princesa. Viendo el Conde-duque la agitacion de la egregia señora, se determinó á preguntar:

—¿Y qué debo hacer?

—Bajad á los jardines, espiar los pasos de esa muger y los del pérfido que la enamora.... Pero no; yo quiero que le busquéis, y sea cualquiera la situacion en que se halle decidle que le estoy esperando, que la reina le llama.

—Sereis obedecida, señora, respondió el ministro.

Y alejose haciendo una reverencia; y la soberana Isabel quedó mas intranquila que antes, suponiendo la pronta llegada de su marido, merced á su llamamiento, y meditando la reconvencion que debia hacer en cuanto se presentara.

La reina tornó á asomarse á la ventana con su natural impaciencia ansiosa de distinguir á su régio esposo, pero por ningun lado le veia. Sin embargo, Felipe IV, accediendo á las pretensiones de la camarera penetraba en esta sazón por las puertas del salon donde se hallaba la reina, y no quedó muy satisfecho cuando la encontró. Isabel se aproximó á su esposo con mal disimulada inquietud.

—No hace mucho que os habia mandado llamar, dijo la reina.

—¿Me necesitabais? observó Felipe.

—Quedasteis en que pasariais por mí; en que bajaríamos juntos á los jardines ...

—Me ha sido preciso pensar de otra manera, respondió el monarca con escesa frialdad, mirando á todos lados, y esperando de un momento á otro la aparicion de la camarera.

—He notado, repuso la reina, que de algun tiempo á esta parte me tratais con extraordinario desden. Observo con pesar, que os alejais mucho de la muger que os ama...

—Un monarca no puede ser tan esclusivo con su esposa; los asuntos de la corona son demasiado imperiosos y exigen gran parte de mis cuidados.

—¿Y eso es lo que os aleja de mí? preguntó la reina.

—Eso precisamente, contestó el soberano.

—Y en esos asuntos, añadió la reina con maliciosa intencion, toma parte la camarera doña Inés?

—¿Por qué lo preguntais?

—Me han dicho, que no hace mucho preguntábais por ella á vuestra servidumbre.

El rey no podia en este momento desentenderse de semejante interpelacion; estaba demasiado evidente el asunto para que hubiese lugar á la disculpa ó á la evasiva; por eso Felipe se contentó con argüir del siguiente modo:

—Querida Isabel, ¿cuándo podré convencerlos de que vuestros celos son infundados?

Y la reina repuso con aire solemne:

—Cuando os vea mas asequible á mis deseos; cuando comprenda que mi compañía no os es importuna y molesta; cuando vea que no forjais pretextos para apartaros de mi lado, y últimamente, cuando no mire la odiosa preferencia que dais á esa muger en vuestros actos de galanteria.

—No supongais nada contrario á la fidelidad, repuso Felipe con la tranquilidad del hombre que repite á menudo esta frase; no encuentro medios para haceros comprender vuestros errores.

—No, Felipe, no; respondió la princesa con dolorido acento; harto conocéis que tengo razones para quejarme de vuestra conducta. ¿Qué veis en esta pobre reina para tratarla de un modo tan cruel? ¿Puede esa muger amaros como yo os amo? La deslumbrará el brillo de vuestra corona y aceptando vuestro cariño satisface su amor propio; pero yo que era una princesa cuando acepté vuestra mano, os quise por amor, por amor verdadero y santo.

Aquí quedó la reina un poco suspensa para dar lugar al sollozo; mas viendo la indiferencia y el silencio del monarca, creció su pesar y añadió con escesa ternura:

—¿Si supierais lo que os amo! Cada ingratitud que me haceis es un dardo con el cual traspasais mi sentido corazón. Si, esposo mio, comprendamos de una vez para siempre nuestras respectivas posiciones; sed juez imparcial de vos mismo, para que os impongais la sentencia que merece vuestra inconstancia.

Felipe comenzó á mirarla ya con los ojos de la compasion, y con una especie de grata sonrisa que significaba:

—Es necesario quererla:

Luego, cogiéndola de la mano añadió:

—Bien, querida esposa, procuraré en adelante alejarme de esa inocente muger, origen de vuestras sospechas.

—¿Lo prometeis? preguntó Isabel con afán.

—Lo prometo.

—Entonces, prosiguió la soberana, ya no medito nada contra ella.

Felipe miró de pronto á su esposa:

—¿Cómo!... luego pensabais...

—Si, pensaba vengarme de una manera terrible. Pero todo ha terminado; de nada me acuerdo.... bajemos al jardin; bajaremos cogidos del brazo; pasearemos sin ningun género de etiquetas; iremos hablando mucho, para que la corte vea que nos amamos, que nos adoramos, que nos idolatramos.

Y hablando de este modo asió el brazo de su esposo, y se dispuso á salir; pero ¡ah, fatalidad! al pasar por una de las ventanas, vió atravesar por un corredor á doña Ines, ciñendo un traje de color verde-esperanza con guarniciones de plata; y con aquella prontitud, propia de muger, observó que llevaba una magnífica diadema de brillantes, y no queriendo ver en su rival tambien una competidora en el lujo, retrocedió diciendo:

—Esperadme, Felipe; quiero estrenar el regalo de boda que me hizo el rey de Inglaterra; quiero ceñir á mi frente una diadema de riquísimo valor.

—Me place, repuso Felipe; yo mientras tanto, buscaré á Velazquez, para darle idea de un cuadro, y pasaré seguidamente á veros para que bajemos juntos.

—¿Lo prometeis?

—Lo prometo, repuso Felipe ausentándose por el lado opuesto.

Disponiase la reina á partir, cuando se le interpuso el Conde-duque que acababa de entrar con el joven don Fernando.

—¿Y bien, Conde-duque?... preguntó la reina.

—Creo haber cumplido vuestras órdenes, respondió el



ministro indicando disimuladamente la persona que venia en su compañía.

La reina no comprendió esta seña y respondió:

—Ya estoy mas tranquila respecto á su fidelidad; pero no por eso le perdais de vista; no os separeis de su lado, y contad despues lo que sepais, seguro siempre de mi discrecion.

Partió Isabel á su tocador, y quedó el ministro con el sombrero en la mano mirando al sitio por donde habia salido la reina.

Volvióse en seguida á don Fernando y le miró sonriendo.

—¿No deciais que me llamaba la reina? preguntó Fernando.

—Con efecto, repuso el Conde-duque; os llamaba; y me mandó que os buscará, y yo debí obedecerla, y ciertamente la obedecí....

—Pues aqui me ha tenido... ¿qué os ha dicho?

El ministro no acertaba á responder. Por último se acercó á él, y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—¿Todo se sabe, amigo mío!

—¿Cielos! exclamó Fernando inmutándose, creyendo que habian descubierto su verdadero nombre.

—¿Por qué habeis palidecido? preguntó Olivares.

—¿Qué os ha dicho la reina? preguntó Fernando.

El ministro dedujo, que siendo él favorito del rey, convenia á sus planes que la reina tuviese tambien el suyo, y por consecuencia procuró hacerse amigo del jóven misterioso.

—¿Preguntais lo que me ha dicho la reina, no es verdad? En realidad, no me ha dicho nada, pero me ha dado á entender lo bastante....

—Explicaos.

—Yo quiero ser amigo vuestro, dijo Olivares de pronto. La reina lo sabe todo; no os pierde de vista, y me encarga que yo tampoco no os deje de la mano. Tened prudencia si no quereis comprometeros... Conoceis el carácter de S. M. y ademas, hay delitos que jamás se perdonan.

—¿Qué me dais á entender? preguntó Fernando tartamudeando.

—¡Hola! dijo el Conde-duque que observaba la confusion del jóven, parece ser que os inmutais. Sois muy jóven, amigo mío, y necesitais quien os aconseje.

—Pero ¿qué delito es el que suponeis en mí, para grangearme el enojo de S. M.? preguntó Fernando á fin de esclarecer mas su posicion.

—¿Quereis que yo os lo manifieste? dijo Olivares. Poned la mano en vuestra conciencia á ver lo que os dice. Habeis penetrado en un parage donde nada se ignora....

Estas palabras del Conde-duque acabaron de confirmar la fatal sospecha que Fernando abrigaba de que todo lo sabian. A este tiempo penetró Inés en el salon, que llegaba con intento de esperar al rey; la vió su hermano, y se acercó á ella presuroso y agitado, y mientras que Olivares se retiraba á un extremo afectando mirar por una de las ventanas que daban á los jardines, Fernando dijo á su hermana con el acento de la desesperacion:

—¡Somos perdidos!

—¿Qué sucede? preguntó Inés con ansiosa inquietud.

—Tu funesto vaticinio se ha cumplido. La reina me conoce, lo sabe todo....

—¿Quién te lo ha dicho?

—El ministro Conde-duque.

—Déjame sola con él, respondió Inés con acento de resolucion.

—Con efecto, Inés llamó cortesmente á Olivares al paso que Fernando se ausentaba, y el Conde-duque se aproximó á Inés afectando una estremada complacencia.

—¿Qué teneis que decirme, señora mia?

—He llegado á entender que nada ignorais, dijo Inés, y apelo á la lealtad de vuestros sentimientos para que vuestro proceder sea digno del nombre que llevais y del cargo que ejerceis en esta magnánima nacion.

El Conde-duque hizo una profunda reverencia; pero revelaba su fisonomía la orgullosa satisfaccion que alimentaba viendo á doña Inés impetrando su apoyo, y por lo tanto le pareció que era llegada la hora de su venganza.

—Señora, respondió, recuerdo mucho los desprecios que me habeis hecho; tengo especial encargo de no perder de vista al jóven que ha salido hace poco de este aposento, y me veo precisado á seguirle, sintiendo mucho no poder dar un próroga á este delicioso diálogo..., pero vendrán tiempos mejores.

E inclinándose con afectada gravedad se fué dejando á Inés pesarosa y llena de abatimiento. La situacion en que se encontraba no podia ser mas comprometida; nunca mejor que entonces era preciso dar un paso decisivo; esperaba al rey, que le habia ofrecido acudir á aquel salon para oirla, y era llegado el momento de revelar la presencia de su hermano y de pedirle el completo perdon de sus pasados errores. Impaciente y agitada recorria el salon deseosa de ver al rey para bajar á los jardines y reunirse otra vez con su marido, del cual se habia separado buscando para este fin un pretesto frívolo. Por último, llegó el monarca, quien acercándose á Inés con solicitud la habló de esta manera:

—Disimulad, noble señora, mi tardanza, que no ha estado en mi mano evitar.

—Yo por mi parte, siento mucho haberos molestado, pero existe una imperiosa necesidad que me obliga á esperar mucho de vos.

Iban á sentarse, cuando Inés distinguió á su marido.

—¡Mi esposo! exclamó desesperada.

—¿Os estorba? preguntó el rey.

—En su presencia no puedo deciros nada, respondió doña Inés.

—Pues me retiro, dijo Felipe, y meditaré sobre la marcha un pretesto para ocuparle en algo que le aleje de nosotros, y entonces....

—Retiraos, que se aproxima, dijo impaciente doña Inés.

Y el rey se retiró besándole la mano, cuya inesperada demostracion no sentó muy bien á la esposa del comendador. Este se presentó allí, y acercándose á su muger pausadamente y con aspecto de severidad, la interrogó del siguiente modo:

—Sin duda, señora, este parage debe tener para vos cierto género de atraccion que yo desconozco.

—No os engañais, contestó Inés; esta habitacion me proporciona lo que mas apetezco.

—¿Qué es lo que apeteceis?

—La soledad... La animacion que advierto en los jardines, lejos de alegrarme me entristece.



—Pues, señora, si no queréis que sustente ideas muy fatales, deseo que procureis complacerme de distinto modo que lo haceis. Por otra parte, sabéis que la corte es de suyo dada á la murmuración, que boga demasiado en el mar de las interpretaciones, y si os ven tan alejada del compañero de vuestra vida, puede atribuir en vos un efecto de resignación matrimonial hartamente bochornosa para un marido, cuya principal divisa es el pundonor; marido que no merece ese desden, cuando su mayor complacencia estriba en los esfuerzos que practica para procuraros una existencia amena y grata.

Inés, que había escuchado atentamente las reconvencciones del comendador, como conocía que en sus palabras existía un fondo de razón y de justicia, no sabía qué responder, pues todos los argumentos que opusiera á una interpelación tan razonada, carecían desde luego de la robustez necesaria á tan fundado raciocinio. Apeló á la ambigüedad en sus respuestas; apeló á la sonrisa fascinadora que emplean las mugeres cuando quieren disuadir, mas por a fuerza de sus encantos que por la del convencimiento, porque están seguras del triunfo, pues el hombre, por severo que sea con sus principios, prefiere llamarse vencido cuando lucha con una muger que ama, á sostener un combate, cuya victoria no le acarrea otra cosa que dilatar la tormentosa inquietud que ha estado devorando en su alma y su corazón.

El resultado de esta entrevista fué que doña Inés y el comendador bajaron á los jardines cogidos del brazo, y sosteniendo la conversación mas animada.

Pero mientras tanto, el pobre don Fernando era víctima de la persecución mas molesta por parte del ministro, que no le dejaba, como suele decirse, ni á sol ni á sombra. Cansado el pobre jóven de ver un espía tan pertinaz é insoportable, tomó el partido de abandonar el paseo de los jardines, en donde á nadie conocía, y subió á la estancia de la cual había salido poco antes. Por otra parte, la sospecha que abrigaba de que su nombre verdadero había sido descubierto, le hacía vivir con cierta zozobra y no gozaba un instante de reposo.

No bien hubo penetrado en el salón que hemos indicado, se sentó y creyó respirar un poco por no verse en la presencia de Olivares; pero apenas se quitó el sombrero para descansar de tan fatigoso estado, vió llegar al ministro con su pertinaz sonrisa, quien se le fué acercando con el intento sin duda de dirigirle la palabra.

Fernando, ya en el colmo de la desesperación, y suponiendo que nada adelantaba manifestándose sumiso y resignado á la suerte que el cielo le deparaba, se levantó de pronto, y antes que el Conde-duque le hablase le dijo lo siguiente con tono resuelto:

—Caballero; ¿hasta cuándo ha de durar esta odiosa pesquisa? Decidase mi suerte; sepa yo á lo que tengo que atenerme; pero no se me tenga por mas tiempo en esta dudosa alternativa.

—No os impacientéis, dijo Olivares con fria calma.

—Si vos sois el primer ministro, añadió Fernando, yo soy quien soy, y me vereis resuelto á todo.

—¡Hola! repuso el Conde-duque, ¿con que me amenazais? No desconozco el prestigio que autoriza esa arrogancia; pero antes que incomodaros debéis ser amigo mío.

—¿Y qué beneficios puede acarrearos vuestra amistad?

No la quiero; la desprecio, y os aconsejo que en adelante no me sigais. ó de lo contrario apelaré á medios extremos aun cuando los resultados sean los mas fatales ¿lo entendéis?

Y diciendo estas palabras se ausentó lleno de cólera soberbia. El ministro soportó, como era natural, los imperiosos ademanes del jóven misterioso; el supuesto favorito de la reina podía hacer aquello y mucho mas, y por consecuencia nada le parecia extraño. En esto pensaba cuando apareció la reina vestida de punta en blanco, revelando en su semblante la impaciencia; siempre esperando á su marido, el cual no se había servido ir por ella á su tocador.

Olivares saludó á la ilustre princesa, y la habló en los siguientes términos lleno de la mas atenta sumisión:

—Señora, relevadme del encargo que habeis dado á vuestro ministro; no puedo continuar.

—¿Pues cómo?

—Se prevale de su posición; y se cree autorizado para amenazarme.

—¿En dónde le habeis visto?

—Acaba de salir de este salón, respondió el Conde-duque.

—¿Solo?

—Solo.

—¿Y no le habeis seguido? añadió la reina.

—Quise veros antes, para hacer dimisión formal de mi destino.

—Yo quiero que le busqueis, que le habléis, y además que le digais que aquí le espero.

—Señora...

—¿Vais á replicarme? Nada temais, y haced lo que os mando.

—Nada replico; sereis obedecida.

El ministro se despidió de la reina para cumplir su cometido, con harto pesar suyo, y la soberana quedó sola sumergida en la mas honda contemplación. Pero la inquietud la tenia sobreescitada; deseaba con vehemencia ver y hablar á su régio esposo, y pesarosa de su tardanza, quiso ella misma, mas que buscarle, sorprenderle con la que suponía su rival; pero no era decoroso bajar sola á los jardines. Disponíase á marchar en busca de una dama de honor, cuando al atravesar el salón para encaminarse á su cámara distinguió á su esposo y á doña Inés que venían juntos por la galería. Retrocedió al momento dando un grito ahogado, y azarosa y palpitante se ocultó detrás de las cortinas que cubrían la puerta que daba entrada á la cámara del rey.

Este penetró con Inés en el salón, y seguros de que nadie los escuchaba hablaron lo siguiente: el rey decía á doña Inés:

—Ahora debéis estar mas tranquila que nunca. He dado una ocupación á vuestro marido, la cual debe detenerle gran rato, y habrá lugar para todo.

—Pero en este salón de tránsito, interrumpió doña Inés no estamos bien.

—Con efecto, repuso el monarca; pasemos á mi cámara, donde nadie podrá vernos ni oírnos.

Iban á entrar; levantó Felipe el cortinaje, y apareció la reina Isabel, que dijo:

—Las paredes oyen; y en los palacios mas que en ninguna parte.



—¿Qué os habeis pensado? preguntó Felipe á su esposa.  
—Veo confirmadas mis sospechas, repuso Isabel; reconozco en doña Inés á la favorita de Felipe IV... mal digo, á su manceba.

Inés entonces, se arrojó á los pies de la reina llena de amargo desconsuelo, y exclamó:

—Lejos de V. M. tan denigrante sospecha; soy pura como el sol que nos alumbra; incapáz de hacer una traicion semejante á mi soberana.

Felipe asió de la mano á doña Inés, y levantándola dijo con gravedad solemne:

—Prohibo que la virtud tome una posicion tan humillante.

—¿Y la defendeis? exclamó la reina encolerizada.

—Nada mas justo, repuso el soberano.

El comendador se acercaba, y doña Inés lo habia visto, y por eso exclamó con amargura:

—¡Mi marido! ¡soy perdida!

—Descuidad, dijo Felipe; la reina sabrá respetaros.

Con efecto, llegó el comendador y la reina fué prudente; todos procuraron disimular. Don Juan dió parte al monarca del resultado que habia tenido la comision que por su órden habia desempeñado. Sonaron las diez, hora en que daban principio los festejos que debian verificarse en los jardines. Felipe asió del brazo á su régia esposa: don Juan dió la mano á doña Inés, y juntos descendieron al jardín.

Y el Conde-duque de Olivares, primer ministro de S. M. el rey Felipe IV, recorria todos los aposentos de palacio buscando al jóven don Fernando, al cual todavia no pudo tener la dicha de hallar.

Cuanto las crónicas antiguas que los festejos fueron extraordinariamente lucidos y animados, y que terminaron á las doce. Solo se esperaba la loa de Calderon que debió representarse aquella misma noche sobre el estanque del Buen Retiro.

#### CAPITULO CUARTO.

DE COMO LAS COSAS MAS COMPLICADAS TIENEN UN FELIZ DESENLACE.

Felipe IV, á pesar de sus estravios, amaba á la reina, la cual no dejaba, por esta razon, de tener cierta influencia que hasta cierto punto se contrabalanceaba con el poder del favorito; éste en su deseo de mando, queria ser mas esclusivo, y meditaba planes á fin de tener con el rey una influencia mas directa, por lo que, entre otras cosas, pensó indisponer á los régios esposos para que cesara desde luego la influencia de que gozaba doña Isabel. Quiso revelar á Felipe, los amores que su mala inteligencia le habia hecho creer tenia al jóven misterioso, y para ello procuró enterarse mas á fondo del origen de este supuesto galanteo, y de la situacion en que se hallaba á la sazón.

Encontrábase la reina en su real cámara, cuando el Conde-duque pidió permiso para entrar: fuéle otorgado este permiso, y se presentó Olivares á la soberana, diciendo:

—Señora, aunque vuestro amante se negaba á presentarse á V. M. he logrado persuadirle y espera vuestras órdenes en la antecámara.

—¿Mi amante? preguntó la reina sorprendida.

—¿He traspasado quizás los límites del decoro? dijo el Conde-duque.

—No os entiendo, añadió la reina.

—Dispensadme, señora; conozco mi error; he abusado de la franqueza que me habeis dispensado; yo no debí nunca espresarme de un modo tan esplicito.

—Cada vez os comprendo menos, añadió la soberana.

—Entonces me haré entender con los hechos, dijo Olivares, y dispondré que entre el jóven que me habeis mandado buscar.

El ministro levantó una cortina é hizo una seña para que entrase don Fernando, el cual apareció delante de Isabel haciendo una profunda reverencia. La reina estaba absorta; el jóven esperaba sus órdenes, y el Conde-duque miraba á ambos sin saber que deducir de aquel misterioso silencio.

—¿Qué tiene que mandarme V. M? preguntó Fernando.

La reina le miró atentamente y respondió:

—Yo no os he mandado llamar, caballero.

—Su escelencia, el señor ministro, me ha dicho que V. M. queria hablarme; añadió Fernando.

—¿Yo? si no os conozco, dijo la reina sonriendo.

Olivares no acertaba á comprender lo que le estaba pasando; sin embargo, se atrevió á suponer otra cosa de lo que realmente era y dijo suspirando, y dirigiéndose á la princesa:

—Todo lo comprendo. He perdido la confianza de V. M. Me supone enemigo suyo y se arrepiente de haberme confesado la pasion que por este caballero tenia.

La reina se levantó del asiento en que estaba, y con aire de severidad contestó al Conde-duque de la siguiente manera:

—Creo, señor de Olivares, que habeis perdido la razon.

Despues, dirigiéndose á Fernando, añadió:

—Podeis retiraros, caballero; creed que la reina no os ha llamado.

Fernando hizo una profunda cortesía y desapareció. La reina y el ministro quedaron solos.

—Esplicadme, dijo Isabel al Conde-duque, lo que esto significa, y sabed que no os castigo, porque quiero hacerlos el favor de suponer en vos una mala inteligencia. ¿Quién es ese jóven?

—Ese jóven es el sugeto á quien sorprendí en amoroso coloquio con doña Inés esta mañana.

—Todo lo comprendo ahora, exclamó la reina.

—Y yo tambien, repuso Olivares.

—¿Luego vuestras pesquisas se han dirigido contra ese mancebo? preguntó la reina.

—Sí, señora, respondió el ministro.

—¿Luego no comprendisteis que mis quejas se referian á las ingratitudes del rey?

—Ahora lo entiendo, señora.

—Luego doña Inés...

Isabel no prosiguió, porque Olivares la interrumpió:

—Falta á sus deberes alimentando á la vez dos galanteos.

—¿Vos no comprendisteis que en el encargo que os di me referia á mi esposo? Por lo tanto nada habeis hecho; no os habeis ocupado...

—Sin quererme ocupar, repuso el Conde-duque, algo he visto, y en lo sucesivo vigilaré mas.



—¿Qué habeis observado? preguntó la reina con afán.

El ministro iba á responder, pero anunciaron á la reina la llegada de su esposo, y el Conde-duque tuvo que aplazar la respuesta para mejor ocasion. La reina le mandó salir por una puerta de escape, encargándole que volviera dentro de un rato.

Presentóse el rey ante su esposa con estraña gravedad: y despues de saludarla, dijo:

—Mucho me place hallaros sola, porque tengo que hablaros.

—¿Qué fortuna! respondió la reina; nunca me habeis demostrado ese deseo.

—Hoy necesito hablaros privadamente de un asunto de interés.

Y sentándose junto á la princesa, añadió:

—Ya podeis adivinar el asunto á qué me refiero.

—Siento no adivinarlo, contestó la reina prontamente.

—En ese caso, prosiguió Felipe, os hablaré sin ambages ni rodeos; seré claro.

—Me agrada.

—¿Os enfadareis, preguntó el soberano, si os digo que esta mañana estuvisteis algo imprudente?

—No me enfadaria, repuso la reina, si fuérais mas exacto en la calificación. Imprudente no estuve, ofendida sí, y por consiguiente justamente celosa.

—Os repito, señora, que la esposa de don Juan, vuestra mas leal camarera, en nada os ofende.

—Disculpada, interrumpió la reina; protegida; no lo estraño. ¿Me negareis, lo que yo misma he visto? ¿lo que yo misma he oido? ¿Qué quereis que infiera de vuestra misteriosa conducta?

—Mi conducta es misteriosa, dijo el príncipe, porque doña Inés quiere que lo sea. Hace algun tiempo que me ha dicho que quiere revelarme un secreto, y que esto ha de ser á solas. Ignoro lo que sea, y deseo saberlo.

—¿Por qué no me lo revela á mí? preguntó la reina.

—Lo ignoro, respondió Felipe.

—¿Lo ignorais? No podeis en este momento darme una satisfaccion cumplida. Eso mismo me declara vuestra culpabilidad y la supuesta inocencia de la camarera. Me llamais imprudente y sabeis que he tenido una ocasion que favorecia mi venganza. Yo la vi turbada en presencia de su marido, y cuando mas ultrajado se encontraba mi amor propio, y sin embargo, sofoqué la ira que me devoraba y guardé silencio. ¿Os atreveis todavia á llamarme imprudente?

—Debo confesaros, observó el rey, que en aquellos momentos no os conocí. Creí á la pobre camarera victima injusta de vuestra insensatez.

—¿Insensata me llamais? ¿Insensata porque he tenido la desgracia de amaros mas de lo que mereceis?

—Siento, repuso el monarca tranquilamente, siento no dar á ese amor desmedido la gratitud que reclama. Sois demasiado apasionada, y en la situacion en que nos encontramos, nuestras emociones deben de ser mas apáticas y moderadas. Reflexionad que con vuestras estremadas demostraciones poneis en ridículo á la magestad.

—¿Felipe! exclamó la reina; no teneis corazon.

—Os engañais, amada esposa, le tengo.

—¿Sois un mármol!

—Soy... marido.

—Esa respuesta, dijo la reina, es muy digna de vos.

—Hemos dejado de ser amantes, añadió el soberano, aquel fuego voraz que encendia nuestros corazones, se ha convertido en cenizas; aquel amor primitivo era un humo fugaz que ha evaporizado el tiempo, porque el vínculo matrimonial ha modificado mi existencia...

—¡Callad, callad! exclamó la reina desesperada.

—Disimuladme, pero me habeis puesto en el caso de ser ingenuo con vos.

—¿Eso quiere decir, observó Isabel, que no me amais?

—Os amo, pero procuro no dar á mis emociones ese carácter violento que tanto nos ridiculiza á los ojos de la córte.

Un ugiér anunció la llegada de don Juan de Mendoza, que pedía permiso para hablar á su rey. Este permiso le fué concedido, los esposos procuraron disimular aquella ligera desazon, y presentóse seguidamente el comendador. Despues de saludar á sus reyes, habló del siguiente modo dirigiéndose particularmente á la reina:

—Señora, tengo el disgusto de anunciaros la indisposicion de mi esposa. Una imprevista dolencia la priva de ponerse á vuestras órdenes, no pudiendo por consiguiente haceros la guardia que por escalafon le pertenecia.

La reina miró á Felipe, y preguntó despues á don Juan con encubierta intención.

—¿Pues qué tiene vuestra esposa?

—No os lo puedo decir. Vuestro médico de cámara, que ha pasado á visitarla, tampoco ha sabido darme una explicacion satisfactoria respecto á su dolencia.

—¡Pobre doña Inés! exclamó la reina maliciosamente.

—Decid á la camarera de nuestra parte cuando la veais, interrumpió Felipe, que tanto S. M. la reina como el soberano que os dirige la palabra, sienten muy mucho el inesperado quebranto de su salud.

Un ugiér interrumpió esta escena anunciando la llegada del embajador de Francia, con quien Felipe tenia que hablar muy por menudo acerca del enlace de la infanta Margarita con el joven Luis XIV. Negocio de tan grave importancia exigia la ausencia del soberano de España, por lo cual se despidió de su esposa y del comendador, diciendo á este último lo siguiente:

—Comendador, procurad verme luego que haya acabado de hablar con el embajador, pues tengo que participaros un asunto de alto interés que vos mejor que nadie puede desempeñar.

Así lo prometió el de Mendoza, y el soberano se alejó. Disponiase don Juan para hacer otro tanto; pero la reina le detuvo con las siguientes palabras:

—¿Con que nada sabeis relativo al mal que aqueja á vuestra esposa?

—Nada, señora, nada. Eso me tiene estraordinariamente desazonado.

—¿Y por qué? preguntó la reina con interés.

—Porque presumo que sus padecimientos son morales; yo creo que mi esposa sufre mucho, y lo sufre todo en silencio.

—¿Estais satisfecho del amor que os tiene doña Inés?

El comendador observó detenidamente á la reina al oír esta pregunta, y tardó mucho tiempo en responder á ella.

—¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo don Juan pausadamente y con cierto aire de asombro.



—¿Tan estraña es mi pregunta? dijo la princesa procurando disimular y queriendo remediar su imprudencia dando á sus palabras cierto acento de sinceridad.

—Señora, añadió el comendador, conozco como quien mas el variado dialecto de la gente palaciega; conozco las continuas peripecias que constituyen los efectos de las comedias que á cada paso se representan en esta clase de teatros... V. M. no me habla con entera sinceridad. Yo seré con vos mas franco y os diré lo que siento.

—Hablad, dijo Isabel.

—No soy feliz con mi esposa, ni ella tampoco lo es conmigo.

—¿Teneis celos?

—No, señora, mi muger es incapaz de ofenderme.

—Estremada confianza teneis en vuestra esposa.

—Debo tenerla, respondió don Juan con entereza.

—No todos los maridos pueden decir otro tanto, insistió la reina.

—Lo creo, añadió el comendador. Voy á esplicarme para que me comprendais. Inés es muy jóven; mi edad no puede nunca estar en consonancia con la suya, ni con sus inclinaciones. Supongo, que el afecto que la profesa, mas que afecto, es un aprecio, una gratitud obligatoria que le impone la consecuencia del deber y por consiguiente, sus demostraciones de cariño dejan siempre un vacío en mi corazón... Porque la adoro.

Aquí quedó suspenso el discurso del comendador, porque se enterneció y estuvo en poco que las lágrimas demostraran que no era don Juan tan duro de corazón como revelaba su aspecto.

—¿Es decir, observó la reina, que no la encontrareis tan espresiva como vos desearíais?

—Cierto.

—¿Y desde cuando? preguntó la reina con sumo interés.

—Hace poco tiempo que he notado en ella esta singular trasformación.

—¿Y esa trasformación, preguntó la princesa, la atribuis únicamente á la distancia de vuestras edades?

—Creo que estoy haciendo desgraciada á doña Inés.

—¿Qué os dice ella?... ¿Por qué no la preguntais?

—¿Preguntarla! exclamó don Juan, ¡nunca!... Ya en algunas ocasiones la he dado á entender mis crueles sospechas; pero nunca me he determinado á exigir de ella una declaración esplicita, porque si desgraciadamente se atreviera mi esposa á declararme el motivo de su pesar, confirmando mi desventura, no tendría valor para escuchar su respuesta.

—¿Qué sucedería? preguntó la reina.

—El rompimiento sería inevitable, añadió don Juan; la separación seguiría á su confesión; y mi desgracia sería irreparable. Aunque la duda me desconsuela casi tanto como la certidumbre, entreveo, sin embargo, un rayo de esperanza que sustenta la probabilidad de haberse equivocado.

—¡Pobre don Juan! ¡Cuánto os compadezco!

—¿Me compadeceis? Yo no me compadezco á mi propio, porque veo que jamás debí pretender ni aceptar semejante enlace. Debí prever sus consecuencias; pero hay momentos en que la imaginación, se revela contra la realidad, y nos presenta el panorama ilusorio de una soñada ventura, que después desvanece el tiempo del modo mas lastimoso.

—Comprendo vuestro agudo pesar, dijo la reina, porque yo también sufro de igual manera. Yo también estoy ansiosa de cariño, y sin embargo me lo niegan. Yo soy mas desgraciada que vos, porque no solo lamento la indiferencia sino también la infidelidad.

—Señora, interrumpió el comendador con afán; puesto que tanto os interesais por mi suerte, vos que hablais á menudo con mi esposa, podréis mejor que yo averiguar la causa de este repentino desvío. Tal vez desahogue su pecho y os diga lo que á mi nombre pertenece preguntar. Yo haré por vos igual servicio acerca de vuestro esposo.

—Convenido, respondió la reina.

El diálogo no pudo continuar, porque sin previo aviso del uger apareció el Conde-duque, el cual después de haber saludado á la reina, habló al comendador del siguiente modo:

—S. M. me ordena que os avise, pues tiene que daros una importante comisión.

La lealtad del comendador exigía que se apresurara á ir en busca del rey. Despidióse don Juan, y la reina y Olivares quedaron solos. Dijo en otra ocasión que el Conde-duque buscaba la indisposición del régio matrimonio para sus fines particulares, y las circunstancias le proporcionaban elementos para la apetecida desunión.

—Mucho tengo que hablaros, señora, se apresuró á decir el ministro.

—Hablad, hablad, ¿qué sabeis?

—Ya os habrán anunciado la indisposición de la camarera ¿no es verdad? dijo Olivares.

—Sí, hace poco tiempo.

—Pues esa indisposición es ficticia.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Isabel.

—El soberano, que ha querido consultar conmigo lo que debe hacer en la situación en que se halla. ¡Prudencia, señora, prudencia, y os lo revelaré todo!

—Ya os escucho, añadió la princesa agitando temblorosa el abanico que tenía en la mano.

—La esposa del comendador, prosiguió Olivares, está tan buena como vos, y ha enviado una carta á S. M. el rey manifestándole que entretenga al comendador toda esta tarde, á fin de que no vaya á su casa, y suplica, sea vuestro esposo el que acuda á ella á las cuatro, donde le espera con afán.

—¿Y el rey, qué ha dicho?

—Yo no le he aconsejado que debe acudir á la cita.

—¿Qué habeis hecho, exclamó la reina poniéndose de pié?...

—Despejar la incógnita, señora; procurar saber....

—Yo no quiero que acuda, interrumpió Isabel dando pasos.

—Señora, os suplico, que no me delateis. Sed prudente en vuestras reconvenções...

—No tengais cuidado.

Pero la impaciencia de la reina no podía contenerse, y salió de aquella estancia propuesta á buscar al rey para impedir que acudiera á la cita. El Conde-duque viéndose solo tomó otro rumbo, siempre con la zozobra natural de un hombre que piensa que va á ser descubierta su delación.

Con efecto, al atravesar la princesa uno de los salones de recibo se encontró á Felipe que daba las órdenes oportunas para que prepararan el coche para salir.

—¿A dónde vais? le preguntó Isabel con imperio.



—Tengo que hacer fuera de palacio.

—Ved que es muy temprano, no son las cuatro todavía, dijo la reina con intencion.

Felipe miró á la reina, y respondió pausadamente:

—Con efecto, á las cuatro pensaba estar en cierta parte.

—Yo me opongo á que vayais á ese lugar donde os esperan.

El rey creyó que esta decisiva prohibicion rebajaba su dignidad, y por lo tanto insistió en querer salir, y la reina se opuso mas obstinadamente á su salida.

—Yo no quiero que vayais á casa de esa odiosa muger.

—Pero ¿quién os ha dicho?...

—Todo lo sé, dijo la reina encolerizada; no vayais á su casa porque la perderé.

—¡Señora! exclamó Felipe con ademan imperativo. Vuestros celos infundados me ponen en ridículo y comprometen á esa inocente muger.

Y se disponia á partir, porque sonaron las cuatro en un reloj de mesa. Pero Isabel entonces, con mas decision que nunca, se colocó en la puerta por donde Felipe debia salir y exclamó:

—Pasad, no lo impido; pero antes pisadme; quiero ver hasta donde llega vuestra caballeridad.

Felipe varió de color; la furia le cegó por un momento y quiso apartar violentamente á la reina de aquel sitio; pero ésta conociendo sus intenciones, le detuvo exclamando imperiosamente:

—¡Soy la hija de un rey!

—¡Apartaos! gritó Felipe.

La reina retrocedió dos pasos, empujó impetuosamente las hojas de la puerta y echó el cerrojo por fuera. Y mientras que el soberano la golpeaba para que la abriesen, la reina bajaba las escaleras, y mandaba que llevasen el carruaje como el monarca habia dispuesto, á casa de la camarera. A los repetidos golpes que daba el rey en la puerta acudió un miembro de la servidumbre y abrió. Preguntó Felipe por la reina, y le dijeron que habia partido en su carruaje.

—¿A dónde ha ido? preguntó.

—A la morada de la camarera.

—¡Cielos! exclamó el monarca.

Iba á salir, pero se interpuso una señora que cubria su rostro con un velo.

—¿Quien es? preguntó Felipe.

—Yo, la camarera, dijo ésta ahogando la voz.

Felipe y doña Inés quedaron solos.

—¿Por qué habeis venido?

—Tardábais mucho, y necesitaba veros hoy mismo.

—Hablad, ¿qué me quereis? Terminen de una vez para siempre tantos azoramientos.

—Si, voy á hablaros, dijo Inés levantándose el velo; mas á este tiempo entró don Juan de Mendoza, y su muger volvió á echarse el velo exclamando:

—¡Mi marido! ¡soy perdida!

—Nada temais, dijo el rey.

Y ocultándola con su cuerpo, dijo el soberano al comendador:

—¿A qué habeis venido, don Juan?

—A daros parte de la comision que he tenido la honra de desempeñar.

—Habladme luego; entrad en esa habitacion de enfrente

hasta que salga esta señora que no quiero yo que conozcais.

—Sereis obedecido, respondió don Juan ausentándose.

Doña Inés, encontrándose en un estado de azoramiento tal, que ni aun podia hablar, conoció que no podia estar alli tranquila, y el rey quiso llevarla á otro aposento. La cogió de la mano, y al tiempo de salir por la puerta de aquella estancia se presentó la reina, la cual abalanzándose á doña Inés, la levantó el velo y gritó:

—¡Pérfida muger! ¡llegó la hora de mi venganza!

Doña Inés cayó desmayada en tierra. El rey, asió de un brazo á su esposa, y hasta llegó á amenazarla. La princesa comenzó á gritar, salió don Juan presuroso, y preguntando la causa de aquel escándalo; la servidumbre toda acudió asustada, y la reina escitada por los celos y la furia, se dirigió á todos diciendo:

—¡El rey me ultraja! ¡Su manceba es esta que está tendida en el suelo!

Acude el comendador á levantarla, y reconoce á doña Inés.

—¡Mi muger! exclama, y se cubre el rostro de vergüenza.

Don Fernando que habia venido acompañando á su hermana y estaba oculto en una habitacion inmediata desde la cual lo habia escuchado todo, salió al punto acompañado del Conde-duque.

—Señores, exclamó Fernando con dignidad; esa muger desmayada, que aparece como una adúltera, á los ojos de todos, es inocente.

—Explicaos, dijo el rey; en tanto que la servidumbre levantaba á doña Inés que iba volviendo en sí.

—Yo solamente soy el culpado de cuanto pasa. Doña Inés, buscando los medios de impetrar la clemencia del rey hácia un desgraciado tráfuga, se ha espuesto á la odiosa calumnia de la corte. Hoy supó que descubrian á su hermano, y hoy mas que nunca deseó hablar al soberano para salvar al arrepentido criminal.

—¿Quén es ese criminal? preguntó el rey.

—Su hermano, repuso Fernando.

—¿En dónde está? preguntó la reina.

—Aqui, contestó Fernando.

Y arrojándose á los pies de Felipe, añadió:

—Aqui está mi cabeza; el honor de mi hermana estaba en grave peligro. Yo soy quien en Portugal dirigió el tumulto que se proclamó en favor del de Braganza. Si no me perdonais, si me llevais al suplicio, moriré con el consuelo de haber salvado el honor de mi hermana.

El rey perdonó á Fernando; Isabel pidió perdon á su marido por sus infundados celos; el comendador abrazó tiernamente á su esposa, y el Conde-duque, habiéndolo comprendido todo, y conociendo que sus planes habian fracasado, apretó la mano de don Fernando y le preguntó sonriendo:

—¿Me perdonais?

Felipe lo oyó y respondió:

—Os perdona, porque yo le perdono.

Fernando se postró de rodillas y besó la mano del rey.

I. A. BERMEJO.



## COSTUMBRES INGLESAS.



Tom Quarl, Margarita, Carlota y Nelly.

## EL CORREO DE ALDEA.

¿Veis á ese pequeño aldeano sobre un grueso caballo, grueso respectivamente al caballero? Es el correo de aldea, inglés, el correo del camino real, la crónica ambulante, la charlatanería á galope. Sus pies no tienen estribos, ni su imaginación tampoco, su lengua tiene tantas espuelas que por eso carecen de ellas sus zapatos. Su zurrón contiene menos noticias que su cerebro; y cuando hojea en él saca mas cuentos que dinero de su bolsillo.

Pero ¿para qué pintar á Tom Quarl? Wilhe ha hecho de su retrato una obra maestra. Falta escribir la odisea del niño. Hé aquí de ella el capítulo mas curioso:

Tom era el comisionado favorito de M. Stringer, caballero arrendatario del condado de Sunex. Este buen hombre no le veía nunca sin darle una palmadita en la mejilla, una moneda de plata y un regalo para su sobrina

TOMO XII.

Carlota Crawford. Carlota habitaba á veinte millas de su tío, en una especie de quinta de la cual le habia dotado su tío. Tenia allí por compañeros á Ricardo Osuro, su excelente marido, á Margarita, su madre, la digna hermana del caballero, y á Nelly, su preciosa hija, de edad de ocho años, muy amada de Tom Quarl, que tenia catorce.

Un día, Tom acababa de dar un canasto con algunas frioleras y un juguete para Nelly. El pequeñuelo habia ocultado su juguete en el tablero de su madre, y Tom proseguia su camino volviendo la cabeza, y diciendo para su sayo:—Cuando yo sea un hombre, Nelly se encontrará dispuesta para casarse... M. Stringer me ha prometido su quinta del Elwaston, ¿por qué no he llegar yo á ser su yerno?

Una hora despues, al declinar la noche, Tom se encontró á un viagero de mala catadura; comenzó á silvar para dar á entender que era hombre de corazón, y preguntó al desconocido, qué novedades habia en Littlewar. (Tom pasaba á este pueblo para un negocio importante, y el otro parecia como que regresaba de él. Llevaba una especie de

27



mochila sujeta en el extremo de un palo; miraba en su derredor con cierta inquietud; se conocía que había caminado con alguna precipitación toda la jornada, y que marcharía más deprisa durante la noche....)

—Yo no vengo de Littlewart, respondió el viagero tapándose los ojos con el ala de su sombrero, y lo que sé de nuevo es que el viejo Stringer ha sido asesinado en su bosque del Elwaston, por un irlandés y un mulato. Hace dos horas que le han encontrado colgado de un manzano....

El hombre de mala catadura desapareció como una flecha, y Tom quedó petrificado sobre su caballo.—Su patron asesinado, ¡justo cielo! su patron, á quien había dejado la antevíspera tan gajoso y lleno de buen humor. Qué sacrificio hace á su deber no volviendo á la granja de Carlota, ni aun á la de M. Stringer. Pero reflexionó que la nueva era algo inverosímil, pues Elwaston estaba á quince leguas por lo menos del Littlewart, y se dirigió á este último parage por dos razones: para asegurarse de los hechos, si eran conocidos, y para propagarlos si eran ignorados. Preciso es convenir en que el segundo motivo era preponderante.... con efecto, nuestra crónica á caballo, jamás había tenido una ocasión semejante para ejercer su fecundidad en materia de cuentos.

Habiendo llegado á Littlewart, se queja de lo dudoso por saber lo cierto, y pone en conmoción á la villa entera con la elocuente relación del horroroso acontecimiento. Después, desempeñada su comisión, evita la presencia de Carlota, y vuelve á emprender á galope el camino de Elwaston. A las diez horas entra para reposar.... y para hablar en una posada, donde vuelve á comenzar dramáticamente la historia del asesinato, añadiendo los pormenores más circunstanciados. El miedo le hacía crédulo y el interés inventivo.... en grado supremo.... pero de repente un cochero que le escuchaba, le apostrofa con las siguientes palabras:—Si M. Stringer ha muerto esta mañana, yo he bebido con su espectro esta tarde. Hace dos horas, que habiéndome visto pasar por el camino, me ha regalado un vaso de cerveza.

Tom abraza al cochero con entusiasmo, vuelve á montar sobre su caballo, y parte como una centella.

En medio del puente de S..., á las tres de la madrugada, se da de frente con un desconocido que lleva una especie de mochila á la espalda como el de la víspera.

—¿Es verdad, le pregunta, que Mr. Stringer ha sido muerto por un irlandés y un mulato, y que se le ha descubierto ayer tarde colgado de un manzano?

—Por un mulato, no, sino por un irlandés solamente; respondió con presteza el desconocido, cuya bronceada piel, observó entonces Tom, estremeciéndose. Tampoco fué ayer tarde, ha sido ahora, pues su primo le ha encontrado colgado en su jardín.

Y el segundo profeta de muerte desaparece más pronto todavía, que el primero.... Tom quiso gritar.—¡Al asesino!, pero el susto no le dió tiempo.

En la ciudad inmediata, á donde llegó, al rayar el alba, Tom estalla como una bomba, é improvisando diez relaciones completas, refiere de plaza en plaza el horrible asesinato.... El corresponsal de un periódico redacta al punto un grande artículo, al cual pone el siguiente epígrafe:—ASESINATO HORRIBLE DE MR. STRINGER.—CINCUENTA LIBRAS ESTERLINAS A QUIEN DETENGA A LOS ASESINOS!!! añade el Cherit.

En esto, y delante del populacho reunido, pasa una diligencia, que venía precisamente de Elwaston.

—Ahora vamos á saberlo todo, esclama la multitud rodeando al primer viagero: ¡Mr. Stringer, Mr. Stringer! contadnos su horrorosa muerte. Persiguen á sus asesinos. Como está su sobrino que se le ha encontrado ahorcado.

—Su querido sobrino soy yo, respondió el viagero, y Mr. Stringer se hallaba bueno ayer tarde.... quién ha inventado esa historia de asesinato.

Todos designan, y buscan á Tom Quarl. Pero él se había ausentado. Otro correo de aldea, que se toma por él, es cogido por el periodista, y el Cherif. Este quería perseguirle legalmente como perturbador de la tranquilidad pública; pero el periodista le parece que basta entregarle á las vándictas de la multitud. Por mas que protesta, que no es el autor de aquella nueva, que no comprende nada de la aventura en cuestión, se necesita una víctima para el pueblo. Cogen al pobre diablo, y le meten en un saco de pluma, le llevan de calle en calle, y le echan lodo en la cara.

El desgraciado corre todavía por el campo, cuando encuentra á Tom Quarl, que caminaba tranquilamente sobre su montura.

Puede adivinarse el diálogo que se entabló entre ellos, acerca de Mr. Stringer. Después de haber visto dos veces á su patron muerto y resucitado, Tom vuelve á sus primeras angustias, sabiendo que el digno hombre ha enviado la semana precedente á un criado irlandés, sospechoso de malas intenciones.

—Yo no le creeré vivo hasta que le haya tocado; y prosiguió su galope hasta Elwaston.

En la casa del portazgo, un caballero le adelanta algunos pasos....

—¿Habeis visto hace veinte y cuatro horas á Mr. Stringer? pregunta Tom al guarda dándole para beber.

—¡Pardiez! Ahora acaba de pasar por aquí, y se ha ocultado detrás de esos árboles.... Le he visto pálido, y lleva todo el aspecto de un fantasma.

Tom lanzó un grito y se precipita hacia la habitación de Mr. Stringer. Imposible descubrirle. Decididamente, piensa el correo, era su aspecto que volvía del otro mundo. Y agitado con negros presentimientos, desciende del caballo y corre al fatal manzano.

Mientras que mira estremeciéndose si algun cuerpo pende de las ramas, ve á dos hombres que se dan de golpes al pie del manzano. Se adelanta con energía y esclama: ¡Hola y pone en fuga á un irlandés, y se encuentra enfrente de Mr. Stringer con una cuerda al pescuezo!

Si tarda un minuto más le halla estrangulado.

Fácilmente se comprenderá el misterio. Tres asesinos habían efectivamente proyectado la muerte de Mr. Stringer. Los dos primeros habían fracasado porque no se habían determinado á dar el golpe y habían anunciado la nueva al aldeano. Solo el tercero, sin servirse de sus cómplices, iba á convertirlo en realidad, cuando Tom llegando como el *Deus machina* salvó á su patron del lazo escurridizo.

*Imitado del inglés.*



## ESTUDIOS DE VIAGES.

## LA RUSIA Y LOS RUSOS. (1)

(Continuacion.)

Transición entre la vida de la corte y la vida del campo.—Ciudades rusas en Finlandia.—Aspecto de Helsingfors.—Torre de Ivan-Velikí.—Camino espantoso de San Petersburgo á la frontera de Finlandia.—Un filósofo alemán.

La vida que el señor ruso lleva en los campos de las márgenes del Neva, sirve de transición á la vida que lleva en sus tierras. También allí se siente en medio de la libertad y de la independencia; hay cierto perfume de etiqueta, que indica que la corte no está muy lejos.

Desde la conquista de Finlandia por la Rusia, un gran número de rusos opulentos han escogido las cercanías de Helsingfors para residir en ellas en el verano. Con efecto, hay pocos parages donde la naturaleza presente mas seducciones; maravillosos accidentes, cascadas imponentes, limpidos lagos, parages sombríos, cielo puro y sereno, noches fantásticas, clima templado y armonioso; añádanse á esto baños de mar, aguas minerales y una población limpia y hospitalaria.

Verdaderamente es una hermosa ciudad la capital de Finlandia. Es bella en medio de aquellas rocas de granito que prestan raíz á sus casas, y cuyas masas rojizas elevándose acá y allá en las calles, van todavía mas lejos á erizar las llanuras. Su ancho puerto dominado por la fortaleza de Sveaborg, lleva hasta sus pies los mas pesados buques de guerra, así como los bastimentos mercantes de toda fuerza. Desde el muelle de este puerto se ve perfectamente á Helsingfors. Presentase una vasta esplanada delante de él, rodeada de casas nuevas, que sobresalen por su estrechada blancura, y terminada á lo lejos por un paseo que conduce al teatro. El palacio imperial, con sus verjas coronadas de águilas, el obelisco de granito erigido á la emperatriz reinante, el edificio de cancillería del gobierno, y á cierta distancia, en un parage aislado, el cuartel de la guarnición de Finlandia, dan á esta parte del panorama un carácter oficial. En derredor del muelle, se encuentran las casas pintorescas edificadas por los rusos. Se destacan por todas partes con sus formas caprichosas y variadas y con su aspecto risueño. Citaremos la de la rica princesa Jumppoff, la reina de todas ellas. Allí también aparece la casa de baños, tan fresca de color y tan gozosamente habitada durante la estación del verano; el edificio del observatorio, cuya triple muralla domina al mar y parece tocar con el cielo. Pero superior á todo esto es el campanario de la iglesia de San Nicolás. Este campanario, rivaliza de seguro en altura con la gran torre de Ivan-Velikí, en Moscou, aquella torre célebre por la caída de su inmensa campana, que un arquitecto francés, Mr. de Monfmard, ha vuelto á levantar

(1) Véase el número anterior.

hace algunos años del foso profundo en que se encontraba sepultada.

Los rusos que van á pasar el verano á Helsingfors, esperan ordinariamente la apertura de la navegación para ir á este sitio en barcos de vapor. El viage por tierra es mucho mas curioso y mas lleno de accidentes, pero es también mucho mas penoso.

Difícilmente puede nadie figurarse el estado del camino que separa á San Petersburgo y la frontera de Finlandia. Nuestros caminos de travesía mas ingratos son dulces y fáciles veredas comparativamente. Ocioso es decir que sobre semejantes caminos los accidentes aparecen con mucha frecuencia. Los mejores carruages sucumben allí, de manera que un día que me aventuré á transitar por aquellas veredas, apenas habia llegado á la tercera parte del camino, cuando mi carruaje cayó y se hizo pedazos. Habiendo llegado á la frontera, le entregué mutilado en manos de un maestro de coches, y para no retardar mi viage, esperando que el vehículo fuese reparado, monté en una silla de posta del país, es decir, en una especie de sepulcro ambulante. ¡Pero he aquí otro festejo! Por una coincidencia que yo estaba lejos de prever, se encontró medio, á algunas leguas de allí, de servirme de un vehículo todavía mas *elementario* que el primitivo. Era un cajón de madera fijo sobre un eje. De este modo llegué á Wiborg, capital de la Karelia, erizada y cubierta de lodo.

Mi cochero me paró delante de la puerta de la iglesia rusa de la ciudad. Eché una mirada sobre su campanario, y rogué á Dios que me hiciese comprar menos caro el placer que yo tenia en gustar del campo por espacio de algunos meses.

Dios escuchó mi plegaria y me envió por compañero de viage al ser mas curioso que jamás he encontrado en el mundo. Figurémonos un hombre de baja estatura, de cabellos rubios y flotantes, levita de pieles gris y de anchas solapas; zapatos de suela gruesa, pantalón ancho de color amarillo, chaleco encarnado, gafas y un bastón en la mano.

Este personage era una especie de apóstol alemán, y viajaba para propagar su doctrina; y como sospeché en mí, por lo que parece, un excelente medio de propaganda, no bien me hubo conocido cuando comenzó á querer penetrar en mis intenciones.

—Perdeis vuestro tiempo, le decia yo; los hombres no comprenderán vuestra doctrina, y aunque la comprendieran se guardarían muy bien de ponerla en práctica.

—¿Habeis olvidado las maravillas, me respondió, que el padre Mateo ha obrado en Inglaterra y en América?

—No; pero está lejos del apóstol de la temperancia el apóstol de la *palingenesia del instinto original*.

La *palingenesia del instinto original*, tal es en efecto la doctrina que predicaba mi singular compañero de viage. Quería conducir á la especie humana á los instintos de su origen, y hacerla vivir como vivía Adán antes de su caída.

Los preceptos de su evangelio son interesantes. Prescribe una abstinencia severa de toda bebida alcohólica.



Nada de aguardiente ni de té, ni de café. Nada de sopa, ni nada de cuanto altere la frescura del agua de la fuente. *La sopa es un breverage corrompido.* Nada de pipa ni de cigarros. Esa planta corrompe los dientes; hace la saliva impura, deseca el cuerpo, agria la sangre, hace fétido el aliento. ¡Oh santa naturaleza, perdónalos, pues no saben lo que se hacen!

Trabaja con tu ejemplo, añade el apóstol, contra este maldito uso de estropear la barba y de cortarse los cabellos, que reina en nuestra Europa degenerada. Esfuérzate

en esta reforma, que no es de un todo indiferente, de poner la sana razon sobre el trono del mundo.

Yo quisiera poder espresar el entusiasmo y la energia con que el celoso palingenesista me desarrollaba su evangelio. Hubo momentos en los cuales le tomé por cosa grave. Por lo demas, habia ya conseguido ganar algunos adeptos. Las universidades de Lund, de Estocolmo y de Copenhague habian escuchado su voz: un cierto número de espiritus exaltados se habian afiliado á su doctrina.

(Se continuará).

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### EL RAMO DE PAJA. (1)

(Continuacion.)

No se cifraba á esto solo el negocio. Eran menester soldados... para el Parlamento, para los príncipes, para el cardenal, etc... se preguntaba entonces al buen hombre si tenia uno ó dos dependientes de estatura militar, algun sobrino calavera, algun criado inútil, á fin de alistarle en su lugar.—El ciudadano aceptaba con mas ó menos entusiasmo, esponia al exámen su persona disponible, y les decia que siguieran á los reclutadores bajo un pretesto cualquiera... Y una hora despues, los dependientes, sobrinos ó criados, seducidos ó á mal su grado, se hallaban alistados en las tropas de Altomar. Se les prometia como recompensa la espada de capitan despues de la victoria.

Este sistema se practicaba en una vasta escala contra todas las opiniones, bautizadas á este efecto con los nombres elásticos de realistas, mazarinos, parlamentarios, orleanistas, reformistas, condeistas, beaufortistas, carlistas, revisionistas, fusionistas, y *vice-versa*, añadiendo las sílabas *contra* ó *anti*, anti-realistas, etc., etc.

Un gorro á lo frondista, una banda á lo cardenal, una palabra sobre el casamiento del rey, un suspiro sobre su ausencia, una mirada dirigida á este ú á aquel, eran cosas que infundian sospechas y cosas que se explotaban. No habia mas que un medio para escaparse de esto, este medio era el valor personal, el ingrediente mas infalible, y sin embargo, el mas raro en las revoluciones. Toda su historia en Francia prueba esta verdad vergonzosa; las mayorias se dejan humillar en detalle, cuando les bastaria levantar la cabeza para tener la superioridad. *Audaces fortuna juvat*, es un proverbio que no carece de verdad.

Pero ¿cómo el Parlamento y los príncipes no se previenen contra tales escesos? El orden y la revolucion son tan inconciliables como la creacion y el caos.

En cuanto á las armas, se sabe cuales son los medios que se emplean para encontrarlas en París. Fueron y serán siempre los mismos; saquear las tiendas de los armeros, ir de puerta en puerta, y tres á tres y desarmar á todo ciudada-

no aisladamente, y para convertir el pillage en heroismo, insultar á un pobre diablo en una plaza pública en calidad de ladron. Hecha esta operacion, todo rebelde armado es un héroe, y el imbécil que le ha cedido su fusil es el primero que aplaude la situacion. Iluminará su balcon si el héroe lo necesita para verle mejor.

No olvidemos una circunstancia que vino á favorecer el alistamiento de Altomar. La mitad de los aldeanos, asustados y amenazados por las tropas reales afluian por millares á París. Se emplearon para atraparlos todas las estratagemas posibles; de suerte que queriendo libertarse de los arcabuces de Turena, los pobres héroes, hallándose entre dos fuegos, debieron escoger los fusiles de la Fronda.

Añadamos, en fin, que hasta las mugeres tomaron parte en el asunto, las unas imitando á la Señorita, y á sus mariscalas de campo, y las otras escitadas por el prestigio fantástico de Altomar, como lo veremos en seguida.

Altomar disciplinó tan bien como mal todas estas bandadas, combinando á los poltrones con los valientes, y colocando á sus loveneses y á sus walones á la cabeza de las compañías.

No dejó de agrupar bajo sus órdenes directas á los cinco ó seis mil hombres determinados que necesitaba para conducir á los demas, y cuyo mando le entregaba Condé para la gran batalla.

Altomar se encaminó primeramente al Hotel-de-Ville con el duque de Beaufort.

A su tránsito, el rey de los Mercados que marchaba como triunfador en medio del populacho, le arengó para pre-disponerlo á una gran jornada.

Altomar y sus agentes hablaban con mucha claridad á sus soldados. Llegaron al Hotel-de-Ville, y habiéndose puesto en la presencia del preboste quedán sorprendidos al ver su serenidad y buen continente.

El tribuno conoció que la amenaza seria prematura, y tuvo en este momento una magnífica inspiracion. Habló de las vacilaciones de la corte soberana, señaló como causa de estas vacilaciones y de las desgracias que ellas originaban, el apoyo de la ciudad y de las milicias, con las cuales el parlamento, perdiendo sus ilusiones se resolveria al fin por un partido. Despues, declarando con aplomo que acababa de dejar con Mr. de Beaufort á los coroneles ciudadanos, anunció su resolucion de rogar al dia siguiente al parlamento que se decidiera y procurase la salvacion de París, signi-

(1) Véanse los números 4.º, 5.º, 6.º 7.º y 8.º de este año.



ficando la disposicion que separaba á los ejércitos á diez leguas, y ejecutando aquel que ordenaba una asamblea general en la ciudad. Los coroneles, añadió resueltamente, no esperaban, para firmar esta orden, mas que la adhesion del preboste y su propia redaccion; y ellos eran de parecer, á fin de dejar mas libertad á la corte augusta, abstenerse de ir al palacio durante la deliberacion.

taban el segundo acto delante de los coroneles de las milicias, á los cuales llevaban la excelente idea del preboste. Los coroneles firmaron con entusiasmo, y declararon, que ni uno de sus soldados acudiria al dia siguiente al parlamento.

—¿Ni uno? eso seria muy poco, dijo para sí Altomar tomando el camino de la Cité. Privar al palacio de estos de-



El duque de Chaulnes, oficial de Turena.

El preboste y otros individuos, encontrando moderacion allí donde habian temido la violencia, estimaron la opinion de los coroneles á las mil maravillas, escribieron la orden bajo la direccion de Altomar y de Beaufort, y juraron no reunirse hasta despues de la resolucion del parlamento.

Al salir del Hotel de Ville, el duque abrazó al baron por su divina comedia, y un cuarto de hora despues, represen-

tores, esto es ya demasiado; pero rodearle de sus enemigos esto seria mucho mejor.

Y sus agentes buscaban á todos los milicianos anti-parlamentarios, y los citaban para el siguiente dia delante de la corte, para anular los famosos decretos.

Ni el preboste, ni los coroneles, sospecharon su mistificacion, por la razon mas natural del mundo. Atribuyéndose





cada cual con orgullo la invencion de la admirable sentencia, todos confirmaron la mentira de Altomar y se aseguraron el éxito de la empresa.

Seguier encontró una solución altamente política, y mandó al capitán un breve de hombre de Estado.

El parlamento aislado de esta manera, solo á él pertenecía el golpe de gracia. Esto nos lleva al pobre Broussel, nuestro revolucionario sin saberlo.

## XVIII.

## LOS DESCONCIERTOS DE LA POPULARIDAD.

Broussel, siempre hinchado con su mérito, siempre avaro, ambicioso, enérgico en las palabras, dispuesto siempre á vengarse de su nobleza, no dejó en 1652 de caer en el lazo que habia evitado en 1648. Era de la raza de los políticos incorregibles, no sabia buscar el poder, mas que por medio de la oposicion. Creia haberlo dicho todo gritando:

—¡Abajo Mazarino! ¡viva el Parlamento!

En las primera tormentas de la nueva Fronda se distinguió primero su trueno. Atolondró el palacio con sus proposiciones y con sus declaraciones tragi-cómicas. Humilló á los frondistas tímidos, y sobre todo á Molé, que no salvó sus orejas sino yendo á guardar los sellos del rey.

Cuando fué al parlamento una multitud de hombres perdidos le iba escoltando por las calles; mezclaban su nombre con gritos mas absurdos y atroces; le obligaban á distribuir pañetazcs, á beber á la salud de los príncipes y por la muerte de Mazarino; era la bandera de los unos y el juguete de los otros, y el orador de todo el mundo. Si el palacio temia un tumulto, pronto, un discurso de Broussel; si algun barrio se agitaba bajo cualquier pretexto, pronto, un discurso de Broussel; si la milicia cejaba delante del pueblo, un discurso de Broussel; á cada momento tenia que dejar su mesa, su cama para hacerse ver y entender. ¡Feliz cuando Teresa, su hija y Petra su criada, embriagadas con estos ovaciones, no ofrecian á los turbulentos las llaves de la bodega!

Uas veces los condeistas y otras los beaufortistas, le arrancaban de las gradas del parlamento, le ponian un ramo de paja en el sombrero, y le llevaban en triunfo sobre los hombros. Muchas veces no se atrevia á salir á la calle, y se disfrazada para pasar á la corte, ó hacia mil rodeos para evadirse de sus pertinaces idolatras.

Pero el miedo que le obligaba á esconderse, le obligaba tambien á reaparecer, pues la palabra traicion resonaba en las cercanias de su hotel.

No pudiendo ya avanzar sin perderse con el rey, no pudiendo retroceder sin perderse con la Fronda, jefe de la conmocion y bandera de la revolucion á pesar suyo, se veia precisado á bailar en la cuerda tirante, entre la legalidad y la guerra civil.

Pues bien, tal era su sed de honores y de popularidad, que resistia á todas estas contrariedades. Olvidaba su dinero malgastado, su reposo y su libertad perdidos, su conciencia agitada, su existencia en peligro, viendo pasar al gran preboste con su séquito y diciéndose. «He aquí lo que yo seré dentro de algunos dias!»

Pero para juzgar todas las tribulaciones de su gloria, entremos en su hotel de la calle de Saint-Laudoy.

## XIX.

## LAS AMAZONAS DE LA CITÉ.

Era la mañana de la gran sesion del parlamento, que debia abrirse á las nueve. Tres veces, Broussel debia haber aparecido en su balcon, medio vestido, medio afeitado y medio peinado.

—¡Desgraciados de los mazarinos! gritó la última reunion ¡el padre del pueblo no nos escucha!

—Estos parisienses, tienen el diablo en el cuerpo, dijo el consejero terminando su tocador.

Luego llamó á su hija Teresa para pedirle el beso de mañana; luego á su criada Petra, para que le tragese su frugal desayuno; á su lacayo intimó para que le diera su baston; á su perro Ciró, para darle un pedazo de pan seco. Pero ni la hija, ni la criada, ni el lacayo, ni el perro respondieron á su voz. Llamó de nuevo, tocó la campanilla, y grito: ¡Mi leche! ¡mi vestido!..... y recorria el hotel..... Nadia le respondia. Abriéndose la puerta grande del hotel, apareció Teresa á caballo en traje de amazona, con la coraza militar, el sombrero con plumas y el ramo de paja en el ala del sombrero con la espada al lado y la pistola en la cintura.

—¡Misericordia! exclamó el buen hombre; ¿qué quiere decir esto?

Teresa se apeó del caballo, y entró haciendo ruido con las espuelas.

—Esto quiere decir, padre mio, que el parlamento tiene sus *mariscalas* y sus *coronelas* como el ejército de los príncipes. Ya estais viendo á la *comandanta* del batallon de señoritas de la Cité. Acabó de recibir mi nombramiento y mi uniforme en Nuestra Señora.

—Vamos, vamos, dijo Broussel, es una broma pesada. Hubieras podido aguardar el carnaval para dejarme aqui como á San Juan. Suelta tu espada, arregla mi coleta y busca á Petra.

—¡*Cedant arma togæ*! suspiró la heroína; pero pasado mañana, volveré á tomar el acero, y ¡abajo los mazarinos! Nosotras vamos á atacar á Charenton.

—Pardiez. ¿Se trata de establecer locas en él? Tú serás entonces la *generala* en jefe.

—Hablo con formalidad, padre mio, dijo Teresa.

—Yo he pedido á Petra mi leche... ¿Crees que tu ramo de paja me afeite?

—Oh irreverencia de las cosas materiales, exclamó la comandanta sirviendo un trozo de queso, y llamando á Petra con aire desdeñoso.

Pero Petra no parecia, y Broussel, corriendo á la cocina, encontró en ella, *infandum*, su leche derramada sobre la hornilla apagada.

—¡Mi casa está en completo desórden! exclamó.

—Tranquilizaos, yo os defenderé, dijo noblemente Teresa echando mano á su pistola.

—Suelta ese arma, exclamó Broussel.

Teresa disparó el tiro al aire, y en el momento una detonacion de cien tiros aturdió la casa, y el consejero, lanzando un grito agudo cayó sobre los cojines del sofá.

—No es nada, padre mio; es mi batallon que os saluda respondiendo á mi señal.

Con efecto, un centenar de amazonas, equipadas como



Teresa, acababa de formarse debajo del balcon, y gritaba: ¡Viva Mr. Broussel!

El consejero se apresuró á saludarlas, temiendo una segunda descarga, y volviéndose hácia Teresa:

—¿No es esto una mascarada? ¿Os batireis?

—¡No lo dudeis! La *Señorita* ha tomado á Orleans. ¿Por qué no hemos nosotras de salvar á París?

Entonces refirió á su padre lo que le habia ocultado hasta entonces para sorprenderlo: el llamamiento dirigido á las mugeres de la Cité por la mariscal de Frontenac, y la organizacion de los tres batallones, siendo el mas escogido el que ella mandaba. El pobre hombre se esforzó en vano en quitar á su hija de la cabeza aquella locura.

—¿Tendreis al menos un hombre á la cabeza? preguntó Broussel.

—Un héroe, replicó la amazona con fuego. Un teniente de Mr. Condé, al baron de Altomar.

—¿Al baron de Altomar? ¿Qué es esto? ¿á un español? ¿á un oficial aventurero?

—A un personage milagroso, dijo Teresa con voz profunda al oído del anciano; á un mártir resucitado.

El magistrado pasaba de la admiracion al éxtasis.

—¿Os acordais de nuestro antiguo amigo, Mr. Guillermo Deboile, el gefe del pueblo en la última Fronda?

Broussel se estremeció á este nombre, tan lleno de remordimientos y de terror para él.

—Y bien, balbuceó; fué preso y fusilado en Burdeos. Era un hombre furiosamente peligroso. Dios le tenga en su descanso.

—Pues no ha muerto.

—¿No ha muerto?

—El mismo nos ha mandado.

—¿Te mofas de mí? Acabas de decirme que era el baron de Altomar.

—Deboile y Altomar no son mas que una sola persona; el segundo es la metempsicosis del primero.

—Ba, ba, dijo Broussel; pero mientras tanto yo no me desayuno; necesito á Petra, á Justino, mi capa.

De pronto se detuvo como si hubiese visto la cabeza de Medusa... Teresa acababa de enseñarle un pequeño grabado que habia sacado de su pecho.

—Juzgad por vuestros propios ojos; he aqui al baron de Altomar... ¿Se parece á Mr. Deboile?

—Es el mismo, dijo el consejero; es él, tal como se me apareció durante el sitio de París, a la cabeza de 30,000 brazos desnudos, bajo los pliegues de su sangrienta bandera.

—Ha resucitado bajo la noble bandera de los príncipes.

—Cosa estraña, dijo Broussel mirando la estampa. ¿Pero de dónde procede este grabado? ¿Cómo le traes sobre tu corazón?

Teresa se puso encarnada y replicó:

—Procede de la *mariscal* de Frontenac que le ha distribuido ayer á las *comandantas*, y le llevo sobre mi corazón, porque es preciso pedir valor á los mártires.

—Pardiez, exclamó el anciano, yo no quiero semejante santo en el calendario.

Y le arrojó á la lumbre á pesar de los gritos de su hija. Pero observó que lloraba y exclamó:

—¡Bondad divina! ¿Estás acaso enamorada de su imagen?

—¡Ay padre mio, exclamó la amazona precipitándose en sus brazos, respetad el juramento de un alma volcánica!

Esto fué para el consejero un golpe mortal. ¡Haber esperimentado para su hija al conde de Amalby y á la grande nobleza, y verla enamorada de la metempsicosis de un faccioso condenado á muerte!

Teresa, desdeñada por Felipe, habia puesto los ojos, en despecho del agravio, en Deboile, y le habia hecho poco á poco el *héroe de su corazón*; le habia admirado en el sitio de París: habia llegado á ser frondista tan exaltada como él mismo; habia llorado su muerte y adorado su memoria; sabiendo despues que renacia bajo el nombre de Altomar, habia adoptado su metempsicosis, y pensaba unirse á él en el campo de batalla, para ser observada por él ó morir en su presencia.

—Veamos, dijo Broussel... ¿has visto alguna vez á este baron de Altomar?

—Decid si le he vuelto á ver... Todavía no, suspiró Teresa llorando. Pero vamos á recibir nuevas tuyas por Petra y Justino, continuó la sensible heroína.

—¡Petra y Justino!

—Han ido á la reunion de las damas del Mercado, donde se encuentra Mr. de Altomar con Mr. de Beaufort.

—Pues no faltaba otra cosa, dijo Broussel, ahora comprendo el abandono y el desórden de mi casa.

(Se continuará.)

## INFANCIA

### DE BERNARDINO DE SAINT--PIERRE.

Nació en el Havre el 49 de enero de 1737. Desde su mas tierna juventud manifestó su gusto por el retiro, un odio profundo á la injusticia, y un instinto enérgico hacia la divinidad. Estos tres elementos dominaban toda su existencia y resúmen todas sus obras. El carácter de su infancia se reflejó en toda su vida, así como sus primeras impresiones se reflejaron en todos sus escritos: amante apasionado de la naturaleza, fué su primero y último amor. Cuentan que á la edad de ocho años, tenia un pequeño jardin, que él mismo cultivaba, donde todas las tardes iba á espiar religiosamente el desarrollo de sus plantaciones, á estudiar la atraccion de sus flores, á sorprender sus caricias, á regar sus tallos, y á pasar sus horas en la contemplacion de los insectos dorados que dormian en sus cálices cubiertos de rocío. Respiraba con delicia la violeta que florecia junto á las tapias, y lloraba amargamente cuando sus hermanos llegaban á turbar la armonía de sus flores. Jamás despojaba á su parterre de una salo flor mas que para ofrecerla á su madre como un simbolo de la riqueza que poseia.

Amaba con preferencia á los animales y admiraba su inteligencia. Cuentan que un dia encontró en un agujero cercano á un arroyo á un desgraciado gato herido, que lanzaba espantosos maullidos y que se encontraba próximo á espirar. Bernardino se compadeció de él; le escondió debajo de su capota, le llevó al granero de su casa, le improvisó una cama de paja y centeno, y no dejó pasar un solo dia sin llevar á su enfermo la carne y la leche que robaba en la cocina. Androcles, no obraba mas piadosamente con el leon del desierto. Merced á los cuidados del niño, el gato entró muy pronto



en el período de convalecencia, su herida se cicatrizó y tornó á recobrar sus fuerzas. No bien le hubo curado le concedió la libertad mas ámplia. Lanzóse, pues, sobre los tejados, y no pasó mucho tiempo sin que se convirtiera en el Átila de los ratones. Bernardino referia muy á menudo este rasgo de su juventud á J. J. Rousseau, y añadía siempre, que su protegido, enemigo furioso del género humano, conservó hácia los hombres un odio eterno, y á Bernardino un reconocimiento especial que rayaba en lo maravilloso. Nadie mas que Bernardino podia aproximarse al animal; para todo el mundo encorbaba su lomo y se ponía foso. «En uno

naza le incomodó de tal manera que resolvió retirarse de un lugar donde el fuerte oprimia al débil.

—Bien, exclamó, cerrando el libro y pisoteándolo, huiré de los hombres; pasaré á vivir al fondo de los bosques, para vivir solo de leche y de raíces. Me haré ermitaño; rogaré á Dios, cantaré sus alabanzas como el solitario de la Tebaida, y si es preciso, andaré descalzo, ceñiré el cilicio, pero evitaré al menos el látigo del pedagogo.

Dicho y hecho; á la mañana siguiente, puso por obra su proyecto, y en lugar de ir á la escuela, se escurrió furtivamente como una sombra, anduvo por calles estrechas y es-



Bernardino de Saint-Pierre.

de nuestros paseos, decia él, la primera vez que referí á J. J. Rousseau esta aventura, se conmovió en términos que comenzó á llorar, y hasta llegué á creer por un momento que me iba á abrazar.»

Su odio á la injusticia, su amor por la soledad, su confianza instintiva en Dios, influyeron en toda su infancia y dieron lugar á un hecho bastante extraño. Un día que se encontraba sentado en los bancos de la escuela (entonces tenía nueve años), un maestro que le enseñaba la lengua latina le amenazó con que le azotaría al día siguiente delante de todos sus condiscípulos si no recitaba bien su lección. Esta ame-

cusadas, y al punto se encontró en las puertas de la ciudad; la escuela detrás, y los campos por delante; los campos, los bosques, las vastas soledades, el silencio, el retiro, la Providencia y la ermita.

En la soledad halló á María Tabot, buena muger que le habia visto nacer, y que le habia educado, le devolvió á sus padres.

¿Se acordaria Bernardino de sus primeros años, cuando pintó á Pablo y á Virginia perdidos, y azotando una palmera para alimentarse con sus frutos?

B.\*\*\*